14282

Enero 22/73

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

SEGISMUNDO,

DRAMA HISTORICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

DON FRANCISCO LUIS DE RETES

Y

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

1964

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1873.

L47 - 6234

L47-6234

556

SEGISMUNDO.

TEATRO ESPAÑOL.—2 ENERO DE 1873.

José Rodriguez

SEGISMUNDO,

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

DON FRANCISCO LUIS DE RETES

Y

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
ANA.	Doña Elisa Boldun.
SEGISMUNDO.	D. Leopoldo Buron.
EL REY.	Antonio Vico.
ESTÉBAN.	Antonio Zamora.
TORKI.	Antonio Pizarroso.
D'EPERNON.	Julio G. Parreño.
LA JOYEUSE.	Enrique S. de Leon.
EL GRAN MARISCAL.	Alfredo Maza.
EL CONDE DE SOISSONS.	Ricardo Lopez.
LUCKO.	Alberto Rodriguez.
SAINT LUC.	Emilio Martinez.
MIGUEL.	Ildefonso Garralon.
MAURICIO.	Julian Hernandez.

Nobles, pueblo, soldados, caballeros franceses, caballeros transilvanos.

La accion en Varsovia.—Año 1574.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Esplanada con árboles en el arrabal de Praga en Varsovia; á la izquierda casa rústica. Puerta grande de entrada con una muestra encima que dirá en gruesos caractéres: «CERVECERIA DE TORKI.» Mesas y bancos esparcidos al frente de la puerta. Al fondo rampa suave que baja al escenario; detrás de ella corre el Vístula; detrás del rio los muros de la ciudad. Á la derecha árboles, casas y calles. Comienza la accion poco ántes de anochecer.

ESCENA PRIMERA.

LUCKO, MIGUEL, MAURICIO, BEBEDORES.

BEBEDS. Torki! Torki!
MIGUEL. (Vaciando un jarro.) Aquí, cerveza!
Pronto.
MAUR. Qué diablos hará
ese viejo transilvano?
MIGUEL. Quién sabe! Recolectar
la cebada!
MAUR. ¡Por mi vida!
es posible!
BEBEDS. Já! já! já!
MAUR. Confesemos que en Varsovia
no se ha bebido jamás
mejor cerveza.

MIGUEL. Por eso
se ha hecho rico.
MAUR. ¡Voto á san!
Torki es hombre de gran suerte.
No es cierto, Lucko?
LUCKO. (Sombrío.) No tal!
Es rico porque Polonia
hace ya tiempo que está
borracha.
MAUR. Eso es por nosotros?
LUCKO. Eso es decir la verdad,
pero á mí no me emborracha
el oro francés.
MAUR. Quizás
no eres tú guarda del rey?
LUCKO. Guarda del palacio real.
MAUR. Entónces más que ninguno
tienes tú por qué callar.
LUCKO. Yo soy guarda de los parques,
Mauricio, veinte años há...
MAUR. Y en ellos estás?... (Con sorna.)
LUCKO. En ellos
estoy porque debo estar.
MAUR. (Alargándole un vaso.)
Brinda por tu rey entónces;
por Enrique de Valois,
por ese francés que apenas
nos ha enseñado la faz
desde que se halla en Polonia.
Vamos, Lucko!...
LUCKO. Quita allá.
Por Enrique; d'Epernon!
y la Joyeuse!... oh! mirad
(Cogiendo el vaso.)
cómo brindo yo por ellos
y por vosotros. (Arroja el vaso al suelo.)
MIGUEL. (Levantándose.) Oh!
MAUR. (Yéndose á Lucko.) Ah!
LUCKO. Por Cristo!
MIGUEL. Á mí tal insulto?
(Momentos de confusion.)

ESCENA II.

DICHOS, TORKI.

TORKI. Tengamos la fiesta en paz!
MIGUEL. (Conteniéndose.)
Torki!
LUCKO. Torki!
TORKI. ¿Qué ha ocurrido?
MAUR. Me ha insultado!
TORKI. Por Caifás!
Siempre lo mismo! Parece
que los polacos estais
dejados de Dios; no hay pecho
que no alimente un volcan.
(Movimiento general.)
Sí, viviendo en banderías,
llenos de saña mortal,
por cosas que no os atañen
el trabajo abandonais
y estais robando, robando
á vuestros hijos el pan.
MIGUEL. Torki!
MAUR. Torki!
TORKI. Lo repito;
eso es ser locos de atar.
(Breve pausa. Torki explora la escena rápidamente.)
Por otra parte vosotros
no teneis autoridad,
ni derecho ni conciencia
para quejaros del mal
de Polonia.
MAUR. ¿No? ¡Por qué?
TORKI. Por Cristo! ¿de qué os quejais
si esclavos de la nobleza
sois; esclavos nada más?
MIGUEL. Torki, no eches hiel al vaso,
mira que va á rebosar.
TORKI. Muerto Segismundo Augusto
y vacante el trono real,
la dieta ha dado ese trono

conforme á su voluntad,
no á Segismundo de Suecia
mancebo noble y audaz,
de altas prendas, de altos hechos
y de alta estirpe inmortal;
no al señor de Transilvania,
prenda segura de paz
entre Tartaria y Polonia,
no á un príncipe natural
de nuestra raza germánica,
sino á Enrique de Valois,
hermano del Rey francés
y nuestro eterno rival.
En tanto á la noble hermana
del Rey difunto dejais
sola, abandonada, triste,
en ese oscuro arrabal,
pidiendo para Polonia
honor y prosperidad.

MAUR. Basta de sarcasmo, Torki!

MIGUEL. Basta, sí.

MAUR. Pronto sabrás
si esta Polonia que humillas
sabe ser grande y leal.

TODOS. Sí, sí. (Levantándose.)

MAUR. Por Cristo, ya es hora
de arrojar el antifaz.

TORKI. Silencio!...

ESCENA III.

DICHOS, SEGISMUNDO, ESTÉBAN, entran embozados y se sientan en una mesa algo separados de los demás.

MAUR. Disimulemos.

MIGUEL. Quiénes son?...

LUCKO. Quiénes serán?...

TORKI. (Con alegría.)
Démoslo todo al olvido!
Á abrazarse y á brindar
por vuestra patria y la mia.

MAUR. Son una misma.

TORKI. Es verdad;
el gran Estéban Battori
es vuestro amigo leal.
Voy á llenaros el vaso
en su honor.
(Torki va llenando el vaso de los bebedores. Al llegar á Estéban.)
Y vos?
EST. (Presentándole el vaso.) Echad.
TORKI. Cielos!
EST. Llenad bien el vaso.
SEGISM. Tambien á mí.
TORKI. Vos?
SEGISM. Sí tal,
que sangre polaca tengo.
MIGUEL. Qué arrogante!
MAUR. Qué galan!
(Al llenar Torki el vaso de Segismundo se oye el choque del jarro.)
MIGUEL. Qué es eso? Te tiembla el pulso,
Torki?...
TORKI. Qué quieres! la edad!...
(Ap. mirando á Estéban.)
No, no me engaño; ese rostro,
ese acento, ese ademan!...
MAUR. Va de apuesta.
LUCKO. ¿Va de apuesta?
TODOS. Sepamos.
MIGUEL. Sepamos cual.
MAUR. Á ver quién gana primero
el muro de la ciudad:
doy dos brazas de ventaja.
MIGUEL. No hay tiempo que malgastar,
que el sol declina.
TODOS. ¡Á las barcas!
LUCKO. Tened cuidado, que está
variable el tiempo y el Vístula
os pudiera un chasco dar.
MIGUEL. ¡Quién dijo miedo!
TODOS. ¡Á las barcas!
MIGUEL. Van cuatro florines.
MAUR. Van.

(Vánse todos por el fondo ménos Torki, Estéban y Segismundo.)

ESCENA IV.

TORKI, ESTÉBAN, SEGISMUNDO.

Torki se va aproximando á Estéban con temerosa curiosidad

TORKI. Señor. ¡El príncipe!
EST. Sí.
TORKI. (Arrojándose á los piés de Segismundo.)
¡Ah, señor!
SEGISM. (Levantándole.) Prudencia y calma!
TORKI. ¿Á qué venís?
EST. Torki, el alma
y el deber nos traen aquí:
leyes sagradas, supremas,
que señalan el sendero
del honor al caballero.
TORKI. ¿Y si os conocen?
EST. No temas.
Ni en Polonia, ni en Lithuania
hay ojos tan perspicaces
que den con nuestros disfraces.
TORKI. Príncipe de Transilvania,
¿cómo el trono soberano
abandonais?
EST. Mi conciencia
lo manda; en mi breve ausencia
el poder fié á mi hermano.
TORKI. Oh, Dios, qué temor me infunde
hallaros aquí!
EST. El momento
llegó!
TORKI. ¿Cómo?
EST. El descontento
por todo Polonia cunde.
TORKI. ¿Y confiais?
EST. ¿Cómo no,
si han llegado á mis oidos
los ecos mal comprimidos

de nobles y pueblo?

TORKI. ¡Oh!
¿Y es posible que fieis?
si esos son vuestros deseos,
volveos, señor, volveos.

SEGISM. ¿Qué dices?

TORKI. Nada intenteis!

SEGISM. Tan desmayados están?

TORKI. Sí!

SEGISM. La Polonia guerrera
que detuvo en su carrera
todo el brío musulman!
¿en dónde está ese poder
que hizo tuya la victoria,
noble cuna de la gloria,
patria que me vió nacer!

TORKI. Muerto el buen Rey Segismundo
detiene su heróico paso,
y va Polonia á su ocaso
como ese sol moribundo.

SEGISM. ¡Oh, no ha de ser! de su ruina
renacerá fuerte y brava!

TORKI. Hoy la raza escandinava
se somete á la latina!

EST. Mañana en santa hermandad,
mil suecos, mil transilvanos
lidiarán con sus hermanos
al grito de libertad.
¿Está la princesa aquí?

TORKI. Sí, por todos respetada
y querida.

EST. (Ap.) (Prenda amada!)
(Alto.) Recibiste un pliego?

TORKI. Sí.

EST. Apelando á tu deber
ese pliego te decía,
que á tu casa llegaría
esta noche una mujer
pidiendo hospitalidad,
que en tu casa la albergáras
y tu vida la entregáras
á ser preciso.

TORKI. Es verdad!
EST. De tí á dudar no me atrevo,
pues conozco tu valor!
TORKI. Daros la vida, señor,
es pagaros lo que os debo.
EST. Está bien! ¿y esa mujer?
TORKI. No ha venido aún.
EST. Vendrá.
TORKI. ¿Y cuándo?
EST. No tardará,
que es cerca de anochecer.
TORKI. Y es... ella?
EST. Sí: no te engañas;
la princesa.
TORKI. ¡La princesa!
¡oh Dios!
EST. Verla me interesa
libre de gentes extrañas.
TORKI. Son las casas tan estrechas
que parecen calabozos;
ya he despedido á los mozos
para no infundir sospechas.
Aquí.
EST. ¡Tan á descubierto!
TORKI. Al dar las nueve en Estío
se cierra el paso del rio
y este sitio está desierto.
El Rey ha dado esa ley
para precaver desmanes.
EST. Torki, sirva á nuestros planes
la tiranía del Rey.
Vigila tú por ahí,
que la cautela es precisa,
y si ves que llega, avisa
al punto.
TORKI. Fiad en mí. (Váse.)

ESCENA V.

SEGISMUNDO, ESTÉBAN.

EST. ¿Qué teneis?

SEGISM. ¿Qué he de tener?
¿no revela el alma mia
claramente mi alegría?
está aquí! la voy á ver!
Ya entre los dos no hay distancia,
bien sabeis vos que Ana era
la apacible compañera
de mi virtuosa infancia.
EST. Sí.
SEGISM. Mi vehemente deseo,
Estéban, veré logrado;
¡ah! seis años han pasado,
seis años que no la veo!
¿No he de querer recordar
aquel infantil cariño?
¡aquellos tiempos de niño
no se pueden olvidar!
EST. Tampoco Ana los olvida,
ella os quiere como hermana,
y si cariñosa es Ana,
es tambien agradecida.
SEGISM. Hay una terrible historia
que dejó profunda huella
en Ana: murió por ella
mi madre, ¡cruel memoria!
EST. Vuestro padre me escribió
desde Estokolmo; despues
Ana; le resta al francés
corta vida.
SEGISM. ¡Corta!
EST. ¡Oh!
Ese usurpador odioso
caerá, de ello yo me encargo,
fiad.
SEGISM. Dicen sin embargo
que es valiente y generoso.
¡Ah, me mata esta ansiedad!
EST. Segismundo!
SEGISM. Todavía
no llega! ¡Por vida mia!
¿no es loca temeridad
hacerla venir aquí?

EST. Yo pienso que es lo mejor...
SEGISM. No.
EST. De un disfraz á favor
y de noche.
SEGISM. Pero...
EST. Sí.
Conocida es su morada
por esa extranjera grey,
y si es suspicaz el Rey
la tendrá muy vigilada.
SEGISM. ¡Por el cielo! ¡tarda ya!
EST. De la luna á los reflejos
veo una sombra á lo lejos;
dos! si será?
SEGISM. ¿Si será?
EST. Se acerca?...
SEGISM. Si álguien la espía!
EST. Á Torki veo á través
de los árboles! ¡Ella es!
ANA. (Saliendo, á Estéban.)
¡Ah! (Á Segismundo.) Segismundo!
SEGISM. ¡Ana mia!

ESCENA VI.

LOS MISMOS, ANA, TORKI.

ANA. ¡Al cabo te vuelvo á ver!
SEGISM. ¡Ana!
EST. ¡Calma!
ANA. ¡En Dios confio!
TORKI. Los buenos tiempos, Dios mio!
muy pronto van á volver. (Váse.)

ESCENA VII.

ANA, SEGISMUNDO, ESTÉBAN.

ANA. ¡Qué bizarro Estéban!
SEGISM. (Asombrado.) ¡Ah!
ANA. ¿Que es eso? estás asombrado!
SEGISM. Sí, la emocion me ha embargado,

(Ap.) (¡Dios mio! ¡qué hermosa está!
nunca la soñé tan bella.)
(Alto.) ¿Has venido sola?

ANA. No;
hasta aquí me acompañó
con un paje una doncella,
pero hícelos retirar
en el momento en que os ví,
que estando los dos aquí
no tengo por qué temblar.

SEGISM. Pero Enrique...

ANA. Nada arrostro:
no nos conocemos.

SEGISM. ¿No?

ANA. Él soberbio, altiva yo,
jamás nos vimos el rostro!

EST. El grito?...

ANA. En el arrabal:
tomareis la fortaleza
de Estanislao; la nobleza
sólo aguarda la señal.

EST. ¿Cómo?

ANA. Por mí fué advertida
de vuestra llegada aquí.

SEGISM. Y convocada?

ANA. Por mí,
y armada y apercibida.
Basta ya de humillacion,
Rey de Polonia has de ser;
me lo ordena mi deber,
lo manda mi corazon!

SEGISM. Brío me infundes y aliento!
¡todo te lo debo á tí!

ANA. Tu madre murió por mí!
desde el celestial asiento
á tu lado me ha de ver
á cumplir determinada
aquella deuda sagrada
que yo he de satisfacer.

SEGISM. ¡Ay, madre infeliz!

ANA. (Llorando.) ¡Dios santo!
para él tu favor imploro!

SEGISM. ¿Lloras?
ANA. Segismundo, lloro;
pero me consuela el llanto!
SEGISM. Melancólico dolor
que mi corazon exalta!
ANA. Tu empresa es noble y es alta!
SEGISM. Sóbranme fuerza y valor!
ANA. Basta que hayas aspirado
esta brisa errante y libre,
para que en tu labio vibre
ese acento entusiasmado.
SEGISM. ¡Campos de la patria mia,
dulce brisa, blando viento,
estrellado firmamento,
noche callada y sombría!
Tu suelo vuelvo á pisar,
tu aroma vuelvo á sentir,
tus soles veo lucir
tu sombra me va á ocultar.
Á vosotros vuelvo ansioso
de respirar este ambiente.
Y tú, soberbia corriente
del Vístula caudaloso
de laureles coronada,
en esas ondas inquietas
siento armonías secretas
de mi niñez ya pasada.
Voy por tu orilla á vagar,
quizá en la onda estremecida
vea la imágen querida
de mi madre reflejar.
(Váse pensativo por las orillas del Vístula.)

ESCENA VIII.

ANA, ESTÉBAN.

ANA. ¡Qué noble corazon!
EST. (Con vehemencia.) ¡Ay Ana mia!
nos volvemos á ver, gracias al cielo
que premio tal á nuestro amor envia!
ANA. Estéban! ¡qué dulcísimo consuelo!

EST. Tu carta recibí. ¡Carta adorada!
apelaste á mi honor, nunca fué en vano;
es para mí tu voluntad sagrada,
tu deseo mandato soberano;
la empresa era arriesgada;
pero iba á verte, á respirar tu aliento;
sin dar espacio, sin perder momento
calcé la espuela y empuñé la espada!
ANA. Gracias, Estéban mio, yo te juro
que el mismo amor que me profesas siento;
amor grande, sagrado, inmenso, puro,
que embarga el corazon y el pensamiento.
Eres fiel como yo, como yo amante,
mas no somos modelo de prudencia.
EST. ¿Por qué?
ANA. ¿No ves que el riesgo está delante?
EST. Pero cesa el martirio de la ausencia!
ANA. ¿Y el poder?
EST. ¿Y el amor?
ANA. ¿Pero y tu gloria?
y la alta majestad?
EST. Tengo en mi abono
tu amor, ¿qué importan, Ana,
poder y gloria, y majestad y trono?
ANA. Pronto el secreto por los dos guardado
descubierto será.
EST. ¡Feliz momento!
ANA. El bien de Segismundo yo he jurado,
y ántes he de cumplir mi juramento.
Tu esposa soy si vences en la lucha.
EST. ¿Tan grande es tu deber?
ANA. ¡Inmenso! Escucha!
Á los agrestes bosques de Masovia,
aún niños ambos, al rayar el dia,
salimos del palacio de Varsovia
con Segismundo Augusto en montería.
Llevaban brava tropa de donceles
y mesnada de intrépidos varones,
en jaurías podencos y lebreles
y en las doradas pértigas halcones.
Dejando luégo la arenosa playa
que se extiende á las márgenes del rio,

al léjos vimos la verdosa raya
que el bosque forma lúgubre y sombrío.
En aquellas quebradas espesuras,
selvas rústicas, vírgenes praderas,
tienen en precipicios y en alturas
sus moradas las aves y las fieras.
Ya de la trompa el prolongado acento
la manada de antílopes levanta,
ya la roja nariz alzada al viento
el caballo cerril bufa y se espanta.
Ya á tal estruendo el jabalí asombrado
el nudoso jaral rompe anhelante
mientras revuelve al uno y otro lado
el lince la mirada penetrante.
El oso lanza el áspero gruñido
los poderosos brazos extendiendo,
y del lobo se escucha el ronco aullido
el cercano peligro presintiendo.
Mas repentinamente la espesura
dejando, por mitad de la pradera
rápida como flecha, la figura
vióse de un lobo atravesar ligera.
¡Á él! gritan con bárbara alegría
clavando el acicate en los corceles,
y á la par dando suelta á la jauría
de galgos y podencos y lebreles.
Veloz el lobo en su carrera avanza
buscando asilo hácia la selva espesa
y tras él los demas, con la esperanza
de dar alcance á la envidiada presa.
Trémula de pavor, temiendo el riesgo
por aquel abandono repentino
quedé yo con María, cuando un sesgo
hizo la fiera y á nosotras vino.
Lancé un grito de horror, la bestia ansiosa
hácia mí se abalanza enfurecida,
pero María arrójase animosa
á defender mi vida con su vida.
La vista me faltó yo no sé cómo;
y cual si fuese herida por el rayo,
al comenzar la lucha caí á plomo
preso el sentido con mortal desmayo.

Cuando tornó á su ser el alma mia,
¡qué espectáculo ví tan espantoso!
muerta la fiera al lado y á María
espirando en los brazos de su esposo.
La mano me tendió, lanzó un profundo
suspiro, y con amargo desconsuelo
«vela tú por el bien de Segismundo,
sé su hermana», me dijo ¡y voló al cielo!

EST. ¡Oh! sí, todo por él!

ANA. Deuda sagrada
nunca la olvida quien de honor blasona;
jura su amparo ser.

EST. Sobre mi espada:
bien merece tu vida una corona.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, SEGISMUNDO.

SEGISM. Ana!

ANA. Segismundo mio!

EST. ¿Qué es lo que pasa?

SEGISM. Quién sabe!
mirad! mirad!

EST. Una nave
viene atravesando el rio.

ANA. ¡Cielos!

EST. ¿Y cómo la ley
se desprecia del monarca?
¡Torki!

ESCENA X.

LOS MISMOS, TORKI.

EST. Mira.

TORKI. ¡Ah!

EST. Una barca
el Vístula cruza.

TORKI. El Rey!
EST. ¡Torki! ¡El Rey!
SEGISM. ¡Enrique!
TORKI. Sí.
ANA. ¿Qué haremos?
EST. Lo que interesa: venid.
TORKI. (Interponiéndose.) No paseis, princesa, pueden veros desde allí.
EST. Pues cómo?...
TORKI. En esta mansion escondida...
EST. ¡Pésia tal!
ANA. (Á Estéban.)
Vos partid al arrabal,
no perdamos la ocasion:
mirad que para mañana
la nobleza espera.
EST. Sí.
(Á Segismundo.)
Venid.
SEGISM. Yo me quedo aquí,
yo me quedo aquí con Ana.
EST. Torki, te fio á los dos.
TORKI. Yo, señor, de ellos respondo.
EST. Ya se acercan.
TORKI. Ya dan fondo.
Presto.
ANA. ¡Adios!
SEGISM. ¡Adios!
EST. ¡Adios!
(Váse Estéban por la derecha. Torki, Ana y Segismundo se entran en la cervecería, no sin que lo haya visto D'Epernon.)

ESCENA XI.

El REY, D'EPERNON, LA JOYEUSE, SAINT LUC, despues TORKI.

Atraca una barca á la ribera del Vístula y saltan á tierra los personajes indicados. D'Epernon, en cuanto pone el pie en el escenario, corre á la puerta de la cervecería, que se cierra violentamente.

D'EPER. ¡Ah! truhan!
REY. ¿Qué vas á hacer, .
duque?
JOYEUSE. ¿Qué intentais?
D'EPER. Lo he visto,
no me engañé.
REY. ¿El qué?
D'EPER. Por Cristo!
ahí ha entrado una mujer.
REY. ¿Y te extraña? Por mi nombre!
¿no hay hombre en esa mansion?
D'EPER. Sí señor.
REY. Pues D'Epernon
¿no ha de haber mujer, si hay hombre?
TODOS. Já! já!
REY. Con vosotros salgo
por distraer el hastío,
pues tal pesca tiene el rio,
por Cristo, pesquemos algo.
TODOS. ¡Já! ¡já!
REY. Conocerla quiero.
JOYEUSE. No desmentís vuestra fama.
Señor.
REY. La Joyeuse, llama!
JOYEUSE. (Llamando.)
Cervecero! Cervecero!
TORKI. (Saliendo.)
Aquí estoy!
REY. (Que se ha sentado á una mesa.)
Ven, buena pieza,
conque andas en malos pasos?
TORKI. (Turbado.)

¿Quién? ¿yo?

REY. Saca cuatro vasos
y dos jarros de cerveza. (Váse Torki.)

D'EPER. Parece que el cervecero
se turbó.

REY. Pues es muy llano,
siempre se turba un villano
á la voz de un caballero.

TORKI. (Saliendo con jarros y vasos.)
Aquí están.

D'EPER. (Señalando á la mesa donde está sentado el Rey.)
Sirve allí, hampon.

TORKI. (Entre dientes.)
¡Yo hampon!

D'EPER. ¡Cómo! ¿qué murmura?

TORKI. Nada! (Entre dientes.) ¡Por el diablo!

D'EPER. (Dirigiéndose á él.) Y jura!

REY. (Á Torki.)
Vete. (Á D'Epernon.) Basta, D'Epernon!

ESCENA XII.

LOS MISMOS ménos TORKI.

D'EPER. ¿Le dejais ir?

REY. Ya lo ves.

D'EPER. Pues vos, señor, le librásteis.

REY. Bien.

D'EPER. Por acaso olvidásteis
á esa mujer?

REY. ¿Yo? despues.
Bebed.

JOYEUSE ¿Y vos?

REY. No.

D'EPER. ¡No bebe!

REY. (Dando un suspiro.)
Polonia es un gran país!

JOUYESE. ¿En qué pensais?

REY. En París
y en mi hermano Cárlos Nueve.

D'EPER. Como él alcanzásteis vos
una corona.

REY. (Con sarcasmo.) Cómo él!
JOYEUSE. Sí señor.
REY. (Dando un puñetazo en la mesa.)
¡Ah! ¡Por Luzbel! (Calmándose.)
Monarcas somos los dos.
Igual es la ceremonia,
pero hay inmensa distancia
de ser monarca de Francia
á ser el Rey de Polonia.
D'EPER. Es un pueblo belicoso.
REY. Ni consigo vive en paz.
D'EPER. Es audaz.
REY. Sobrado audaz.
D'EPER. Y valiente.
REY. Y revoltoso.
Corona, cetro y espada
para conservar su ley
me dieron, y soy... ¡el Rey!
como si no fuera nada!
Todo de furor me crispo.
¿Quién, vive el cielo, sujeta
á esa turbulenta dieta
y á ese soberano obispo!
El obispo ha de mandar
sobre todos en su grey,
la dieta respeta al Rey
si le quiere respetar,
que el mando es de ella; al subir
al trono así se pactó:
un Rey, ménos rey que yo
no se puede concebir,
si entre ellos hay disensiones,
entónces al Rey se apela,
árbitro sumo que vela
por la paz de las naciones.
Pero es claro, al resolver
la razon ha de buscar,
que al uno ha de contentar
y que al otro ha de ofender.
Y entónces si la persona
del Rey su fallo promulga,
ó el obispo le excomulga,

ó la dieta le destrona.
Esta es la ley del país,
y no hay que buscar pretexto
contra la ley; para esto
bien me estaba yo en París.

JOYEUSE. Yo no olvido sus placeres.

D'EPER. Ni yo sus fiestas olvido.
¡Ay París! ¡París querido!
¡Qué buen vino!

JOYEUSE. ¡Qué mujeres!

D'EPER. Aquí las hay, voto á tal,
que á las de París no envidian.

REY. ¿Las de aquí?

D'EPER. Sí.

REY. Me fastidian.

D'EPER. ¿Y por qué? Por la moral?

REY. Pues.

D'EPER. Al Rey quién le desprecia?
dónde hay mayor desatino?
Haceos, señor, Tarquino
y no encontrareis Lucrecia.

REY. Remediar no puede ser
lo que remedio no tiene,
tomo el tiempo como viene.

JOYEUSE. Señor...

REY. ¡Cerveza! ¡á beber!
La Joyeuse, D'Epernon,
Saint Luc. (Beben los cuatro.)

D'EPER. Qué tal?

REY Extremada.
Válgate Dios por cebada,
que bien la mezcla el hublon.
(Bebe. Pensativo.)
Reflexionándolo bien
es de fácil acomodo
ser Rey así, estriba todo
en nada, en decir amen. (Queda más pensativo.)

D'EPER. ¡Señor!

REY. Ó recuerdo mal
ó en esa cerveceria
no visteis...

D'EPER. Por vida mia,

una mujer?

REY. Sí.

D'EPER. Sí tal.
¿Quereis verla?

REY. Salga aqui...
la mujer no, el cervecero.

D'EPER. (Llamando) ¡Torki!

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, TORKI.

TORKI. Señor caballero...

REY. ¿Tú te llamas Torki?

TORKI. Sí.

REY. Parécesme muy anciano.

TORKI. Setenta años.

REY. En verdad
es buena edad.

TORKI. Buena edad.

REY. ¿De dónde eres?

TORKI. Transilvano.

REY. ¿Qué tal Polonia?

TORKI. Mejor
que mi país.

REY. No lo dudo.
¿Eres casado?

TORKI. Soy viudo.

REY. ¿Tienes hijos?

TORKI. Sí señor.

REY. ¿Cuántos?

TORKI. Dos.

REY. ¡Ah! yo los ví,
ese hombre y esa mujer
que ahí se entraron.

TORKI. Puede ser.

REY. ¿Esos son tus hijos?

TORKI. Sí.

REY. ¿Conque dos?

TORKI. Dos.

REY. ¿Mujer una?
¿y qué edad tiene?

TORKI. ¿El varon?
REY. ¡La hembra! ¡habrá socarron!
TORKI. Curiosidad importuna!
REY. ¿Sabes quién soy?
TORKI. No lo sé.
REY. Eso te salva.
TORKI. (Ap.) (¡Por Cristo!
qué voy á hacer! ¡los ha visto!)
REY. Y dime ¿es hermosa?
TORKI. ¿Qué?
¿Por qué lo decís?
REY. Por nada.
TORKI. ¿Os importa por ventura
su hermosura?
REY. ¿Su hermosura?
Sí que me importa.
TORKI. ¡Es honrada!
D'EPER. La cancion de todas!
TORKI. (Mirando á D'Epernon.) ¿Eh?
REY. ¿Está dentro?
TORKI. Dentro está.
REY. Verla quiero. Tráela acá;
¿no lo has oido?
TORKI. (Ap.) (¿Qué haré?
Acceder ó resistir
¡es el triunfo tan incierto!
¡ah! por la puerta del huerto
aún tendrá tiempo de huir!)
Ya voy. (Váse.)
REY. ¡Con ira se fué!
JOYEUSE. Ved que tiene otra salida
esta casa.
D'EPER. Por mi vida!
Saint Luc, á guardarla vé. (Váse Saint Luc.)

ESCENA XIV.

EL REY, D'EPERNON, LA JOYEUSE.

JOYEUSE. ¿Qué intentais?
REY. ¿Lo sé yo mismo
ver á la hija de ese hombre.

D'EPER. ¿Y si os place?
REY. ¿Qué?
D'EPER. Si os place...
¿os decidireis?
REY. Entónces...
¡qué sé yo! Ya lo veremos!
D'EPER. Estamos á vuestras órdenes.
REY. Lo sé.
D'EPER. El Vístula está cerca;
la barca ligera corre;
somos cuatro contra dos,
un mancebo, un viejo torpe;
por mucho vigor que tengan,
al vigor de cuatro jóvenes
no han de resistir.
REY. De tres;
tú como puedas componte,
D'Epernon, á mí me alteran
los gemidos y las voces,
y perdono á la muchacha
con tal que no me incomoden.
D'EPER. Los tres bastamos; haceis
una señal, es de noche,
el sitio oscuro y desierto.
REY. ¿Qué va que cuelgo de un roble
á ese perillan?
D'EPER. ¿Por qué?
REY. Mucho tarda. ¡Por san Jorge!
JOYEUSE. Aquí está.
D'EPER. Linda es la moza.
JOYEUSE. ¡Vaya unos ojos!
D'EPER. ¡Dos soles!

ESCENA XV.

LOS MISMOS, ANA, TORKI, SEGISMUNDO.

REY. Llega, niña.
ANA. Dios os guarde.
SEGISM. (A Torki ap.)
(¿Quién es, Enrique?)
TORKI. (El más jóven.)

REY. Acércate más.
ANA. Señor...
TORKI. (Los otros sus servidores.)
SEGISM. ¿Llevais puñal?
TORKI. En el cinto.
SEGISM. Yo daga tengo.)
REY. (Á Ana.) ¿No me oyes?
ANA. Sí, señor.
REY. (Á Torki y Segismundo.) Dejadnos...
TORKI. Pero...
REY. ¿Tiene miedo el viejo Torki?
TORKI. (Con arrogancia.)
¡Jamás le tuve!
D'EPER. ¡Villano!
(Echando mano á la daga.)
¡Eso á él!
REY. Basta, señores!
D'EPER. ¡Dad gracias!
SEGISM. (Con alteracion.) ¿De qué?
TORKI. (Á Segismundo.) (¡Prudencia!)
(Alto.) De un señor tan grande y noble
nada temo. (Á Segismundo.) (Vamos.)
SEGISM. ¿Cómo?
TORKI. Una imprudencia os expone!
vigilaremos.
SEGISM. ¡Por Cristo!
TORKI. ¡Ah, silencio!
SEGISM. ¡Por mi nombre!)
REY. (Á D'Epernon y La Joyeuse.)
La noche está deliciosa,
id por los alrededores. (Vánse.)

ESCENA XVI.

EL REY, ANA.

REY. Acércate.
ANA. ¿Qué mandais?
(Ap.) (¡Audacia!)
REY. ¡Si es una estrella!
¡Eres muy bella!
ANA. ¿Yo bella?

REY. ¿No lo sabes?
ANA. ¿Lo pensais?
REY. Un prodigio soberano.
ANA. (Ap.) (¡Prudencia y valor!) (Alto.) ¡Ah!
REY. Sí.
ANA. Gracias.
REY. ¿Tú vives aquí?
ANA. Con mi padre y con mi hermano.
REY. ¿Nadie más?
ANA. No.
REY. Por mi honor!
no mientes?
ANA. Nunca he mentido!
REY. ¿No hay un secreto escondido
en tu corazon?
ANA. Señor...
REY. ¡Te turbas! ¿no le ha de haber?
ANA. No.
REY. Descubrirlo prometo,
¿cuándo no guarda un secreto
un corazon de mujer?
Tú no has amado quizás?
ANA. Mucho.
REY. Mucho?
ANA. Sí, ¿qué os pasa?
Amo á mi padre, á mi casa.
REY. ¿Y nada más?
ANA. Nada más.
REY. Eso no es amor.
ANA. Señor,
vivo así muy venturosa.
REY. Una niña tan hermosa
no conocer el amor?
ANA. Dicen que es pasion liviana,
y no quiero que me aflija,
amo como ama una hija,
tengo el amor de una hermana.
REY. Discreta eres aunque ruda.
ANA. Digo sólo lo que siento.
REY. Aún hay otro sentimiento
mejor.
ANA. ¿Mejor? No.

REY. Sin duda.

ANA. No le hay mejor. Con la aurora
salgo por agua á la fuente;
llego á su mansa corriente
cuando el sol los campos dora,
y del viento al eco blando
estoy mirando y oyendo
el agua que va corriendo,
las aves que van cantando.
Tambien canto en el rigor
del invierno en el hogar;
le place oirme cantar
á mi padre y mi señor.
En el verano las grutas
me dan sombra placentera,
flores mil la primavera,
el otoño dulces frutas.
Vivo en alegre descuido
y libre de penas graves
como las sencillas aves
que no han dejado su nido;
si hay otro grato placer
que tiene el nombre de amor,
no le conozco, señor,
ni le quiero conocer.

REY. (Con arrebato.)
Que si le hay! si no le hubiera
mayor ni mejor logrado,
no te hubiese Dios criado
niña gentil y hechicera.

ANA. (Con terror.)
Ah señor!

(Aperecen Segismundo y Torki en la puerta de la cervecería.)

REY. (Conteniéndose.) (¡Qué voy á hacer?
es muy grande su hermosura
por un capricho! ¡Locura!
qué me importa esta mujer?)
D'Epernon!

ESCENA XVII.

EL REY, ANA, D'EPERNON, LA JOYEUSE.

D'EPER. Mandad, señor.
REY. La barca!
D'EPER. Ya está dispuesta.
REY. Á la ciudad!
D'EPER. Pero y esta
mujer?
REY. ¡Qué importa!
D'EPER. ¡Qué error!
¿no os agrada?
REY. Mucho á fe!
D'EPER. Entónces... ¿temeis quizá...
REY. Es bella!
D'EPER. Vuestra será!
REY. Llama á Saint Luc.
D'EPER. (Ap.) (¡Ah! ya sé!)
(Arroja el Rey una bolsa con dinero sobre la mesa y desaparece con La Joyeuse. D'Epernon da la vuelta á la casa sin ser visto.)

ESCENA XVIII.

ANA, despues SEGISMUNDO y TORKI.

ANA. ¡Se fueron! salid los dos!
SEGISM. ¡Cuánto he temido por tí!
ANA. Y por tí yo! el Rey aquí!
ah! demos gracias á Dios
y vamos.
TORKI. ¿Dónde á esta hora?
dejad que la noche avance.
ANA. Á mi casa á todo trance!
TORKI. No es prudente eso, señora;
hay gente que viene y va
por el arrabal.
ANA. Y qué?
TORKI. Cuando más entrada esté
la noche riesgo no habrá.

pueden seguir nuestra huella;
si por azar álguien pasa
y nos conoce... Mi casa
esta es, volved á ella.

ANA. Vuestra casa!

TORKI. Sin temor
allí podeis esperar.

SEGISM. Es cierto.

ANA. Voy á rezar
por tí.

SEGISM. Te sigo.

ESCENA XIX.

SEGISMUNDO, TORKI.

TORKI. Señor!
esperad.

SEGISM. ¿Qué quieres?

TORKI. Quiero
besar vuestra excelsa mano,
que tenga este pobre anciano
la honra de ser el primero.

SEGISM. No soy rey aún!

TORKI. Mañana
lo sereis.

SEGISM. ¡Ah!

TORKI. Yo os lo fio.

(Oyese dentro de la casa un grito de terror ahogado.)

ANA. (Dentro.) Ah!

SEGISM. Torki, Torki!

TORKI. ¡Dios mio!
¿qué sucede?

SEGISM. Un grito. ¡Ana!

TORKI. Yo nada escuché. Fué incierta
vuestra sospecha!

SEGISM. Recelo!...

ANA. (Con voz fuerte.)
¡Socorro!

SEGISM. ¡Rayos del cielo!
y está cerrada esta puerta!

(Lanzándose los dos á derribar la puerta.)
¡Infames!

TORKI. ¡Viles!

SEGISM. ¡Traidores!

TORKI. Quedaos aquí á guardar
la salida; voy á dar
vuelta.

SEGISM. ¡Cielos vengadores!
(Al dar la vuelta Torki se detiene dando un grito.)

TORKI. ¡La roban! Señor! señor!

SEGISM. (Lanzándose.)
Yo castigaré al impío.

TORKI. Ya está en la barca! en el rio!

SEGISM. (Lanzándose al rio.)
¡Pues al rio!

TORKI. ¡Aquí! Favor!

ESCENA XX.

TORKI, ESTÉBAN.

EST. ¡Qué voces!

TORKI. ¡Es tarde ya!

EST. Habla! Torki.

TORKI. ¡Allí! ¡allí!

EST. ¡Y la princesa!

TORKI. ¡Ay de mí!
el príncipe! al rio!

EST. ¡Ah!
qué dices?

TORKI. ¡No hay esperanza!
el Rey! el Rey la ha robado.

EST. (Echando mano al puñal y cogiendo á Torki fuertemente por un brazo.)
El Rey! ah! desventurado!

TORKI. (Cayendo de rodillas.)
¡Piedad señor!

EST. ¡No! venganza!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin á espaldas del palacio real de Varsovia. Al fondo gran escalinata practicable del palacio, cuyo edificio se distingue con las ventanas iluminadas por dentro. Magnífica verja que cierra el jardin con puerta de hierro practicable. Á la izquierda pabellon. Frondoso ramaje en toda la escena, que cubre parte del palacio y de la verja. —Está amaneciendo.

ESCENA PRIMERA.

LA JOYEUSE, SAINT LUC, saliendo del pabellon.

LUC. Dad dos vueltas á la llave.
JOYEUSE. (Cerrando.)
Esta es la mejor custodia.
LUC. Imposible que se vaya
á no convertirse en mosca.
JOYEUSE. Creereis, Saint Luc, que no puedo
apartar de mi memoria
ni un solo instante siquiera
al hermano de esa moza?
LUC. No cabe arrojo más grande!
JOYEUSE. Yo le ví con fuerza heróica
luchar á brazo partido
con la corriente impetuosa,
hasta hundirse, hasta perderse
envuelto en las turbias ondas.

LUC. No hiciera más un amante!
Pero hablando de otra cosa
qué diablos habrá ocurido?
Aquí el obispo á estas horas?
qué inoportuna visita!
El Rey... oh!... rugió de cólera!

JOYEUSE. ¡Es claro! ya iba á ceñirse
el laurel de la victoria.
(En tono picaresco, señalando el pabellon.)
Mas D'Epernon aquí llega...

ESCENA II.

LOS MISMOS, D'EPERNON por la escalinata.

LUC. Qué ocurre?

JOYEUSE. Hablad.

D'EPER. (Con sorna.) Una cosa
que os va á sorprender; que hay síntomas
alarmantes en Varsovia.

LUC. Vamos, la cancion de siempre.

JOYEUSE. Yo no sé cómo soporta
el Rey á esa gente.

D'EPER. Cinco
meses con la misma broma!
Que la nobleza se agita,
que la Brescia se alborota,
que ya están en la frontera
del rey de Suecia las tropas,
que ayer, que hoy, que mañana,
que van, que vienen, que tornan!
Gracias que el Rey hace tiempo
lo toma todo á chacota.

JOYEUSE. Hace bien.

D'EPER. Id á su lado,
porque el tédio le devora.

LUC. Vamos, La Joyeuse.

D'EPER. (Guardándose la llave.) Ya os sigo.

ESCENA III.

D'EPERNON, despues LUCKO.

D'EPER. (Llamando á la verja.)
Ah del guarda!
(Sale Lucko por dentro de la verja.)
Venga y oiga.
LUCKO. Señor...
D'EPER. Silencio! Te llamo
para un asunto de monta.
Tú eres guarda de estos sitios?
LUCKO. Guarda soy.
D'EPER. Por gracia y obra
del Rey tu señor, no es cierto?
que puede si se le antoja
dar á tu cinto florines
ó á tu garganta una soga?
LUCKO. Oh!
D'EPER. Qué murmuras?
LUCKO. Yo?... Nada.
D'EPER. Cómo te nombran?
LUCKO. Me nombran
Lucko.
D'EPER. Polaco de raza;
nombre y rostro lo denotan:
oye bien: en ese sitio
hay una mujer hermosa.
(Señalando al pabellon.)
Guarda eres, guarda no vuele
de su nido la paloma,
si no quieres que te guarden
por siempre bajo una losa.
(Váse por la escalinata.)

ESCENA IV.

LUCKO.

Polaco de raza dice!
Miente! no lo es quien soporta,

quien besa humilde y cobarde
el látigo que le azota.
(Suena á lo lejos un prolongado silbido, de entonacion lúgubre.)
Esa señal... ¡Torki! Espera.
Anda muy madrugadora
la gente.
(Abre la puerta del jardin, que queda abierta.)

ESCENA V.

LUCKO, TORKI, ESTÉBAN.

LUCKO. Entra.
TORKI. Dios te guarde.
(Volviéndose rápido á Estéban.)
La esperanza me abandona.
Señor, si el príncipe ha muerto!...
EST. Torki!...
TORKI. Nuestro plan aborta!
EST. Nunca; la princesa queda,
suya será la corona.
LUCKO. (Ap. á Torki.)
(Quién es ese hombre?
TORKI. Un amigo.
LUCKO. Pero...
TORKI. Deja que recorra
estos sitios, nada temas.
(Estéban se interna por la arboleda.)
LUCKO. Por Cristo! el verte me asombra.
TORKI. Pues deja asombros á un lado
y vamos á lo que importa.
LUCKO. Habla.
TORKI. Si el hambre de un hijo
no fuese la más odiosa
de las tiranías, Lucko,
¿no es cierto que tú á estas horas
no estarías al servicio
de un traidor?
LUCKO. (Rápido.) Sella tu boca,
imprudente!
TORKI. En este sitio

hay una mujer que llora.
LUCKO. Sí, pero yo...
TORKI. En ella estriba
la salvacion de Polonia.
LUCKO. Cómo! Quién es?
TORKI. La princesa
Ana.
LUCKO. Cielos!
TORKI. Vé si tu honra
consiente tamaña injuria.
LUCKO. Oh, jamás! No hay en Varsovia
quien se haga cómplice infame
de traicion tan espantosa.
La princesa es nuestro amparo
y el pueblo entero la adora.
TORKI. Entónces cuento contigo.
LUCKO. Por ella mi sangre toda.
TORKI. El Rey?
LUCKO. En Palacio.
TORKI. Y ella?
LUCKO. Allí!
EST. Gran Dios!
TORKI. Sola?
LUCKO. Sola.
TORKI. Y la llave?
LUCKO. El Rey la tiene.
TORKI. Oh!
EST. (Llamando á la puerta.)
Abriré á toda costa.
LUCKO. Torki, qué hacer?
TORKI. Lucko, escúchame:
ese ardiente sol que asoma
nos trae la muerte, ó nos trae
la independencia y la gloria.
LUCKO. Oh; ya es tiempo que del pueblo
estalle por fin la cólera.
Estallará.
TORKI. Ahora ó nunca!
LUCKO. Tienes razon, Torki, ahora!
Adios.
TORKI. Tú, quédate ahí.
LUCKO. ¡Cierro la puerta?

TORKI. No, Entórnala.

ESCENA VI.

TORKI, ESTÉBAN.

TORKI. Ah! ¡Señor!
EST. (Procurando abrir la puerta del pabellon.)
¡Empresa vana!
para poderla romper
era preciso tener
una fuerza sobrehumana.
TORKI. Qué haceis?
EST. En lances extremos
el temor es cobardía,
ántes de que avance el dia
es fuerza que la salvemos.
TORKI. Soy vuestro esclavo más fiel,
más cuál es vuestra intencion?
EST. Ah, Torki, sin dilacion
prende fuego á ese cáncel.
TORKI. ¡Cielos! qué intentais?
EST. Que quede
franca esa puerta al momento.
TORKI. Pero, y si toma incremento
el fuego?
EST. Si eso sucede!...
TORKI. Yo apelo á vuestra razon.
EST. No esperes que me acobarde;
arda esa puerta, como arde
la sangre en mi corazon.
TORKI. Calmad vuestro afan profundo.
EST. Y cómo! si el alma opresa
busca en vano á la princesa,
buscó en vano á Segismundo.
TORKI. Segismundo!
EST. (Con ironía.) Dios clemente!
TORKI. Quizás no haya sucumbido!
EST. Sí, Torki, Dios ha querido
que sucumba el inocente.
TORKI. No blasfemeis.
EST. Sí.

TORKI. Quizá...
EST. Si el Vístula no le esconde,
por qué á mi voz no responde?
¡Segismundo!
SEGISM. (Dentro.) Estéban!
EST. Ah!

ESCENA VII.

DICHOS, SEGISMUNDO.

SEGISM. Estéban!
TORKI. Ah!
EST. Vos! sois vos?
No sueño?
TORKI. El príncipe, sí.
SEGISM. Y Ana? Que es de Ana?
EST. Allí.
SEGISM. Allí?
EST. Presa!
SEGISM. Vive Dios.
EST. (Á Torki.) Vigila.
(Volviendo á abrazar al príncipe.)
Por muerto os daba.
SEGISM. Con fuerza extraña y potente,
reluchando en la corriente
que á mi pesar me arrastraba,
al ir la barca á tocar
en que Ana inerme yacía,
sangrienta nube sombría
mi vista vino á turbar.
En aquel trance espantoso,
abatido, mudo, inerte,
sentí el soplo de la muerte;
un esfuerzo poderoso
hice invocando su nombre.
EST. Y hallasteis la salvacion?
SEGISM. Sí, que las ondas no son
tan pérfidas como el hombre!
EST. Ah!...
SEGISM. Cuando en salvo me ví,
corrí, busqué desalado,

y al fin por ese enverjado
logré introducirme aquí.

EST. Y sabeis?

SEGISM. Todo lo sé;
ese silencio de muerte
que hay en la ciudad me advierte
que llega la hora.

EST. La fe
iba faltándome ya.

SEGISM. Pues ved que en los arrabales
os esperan mis parciales,
vuestros transilvanos...

EST. Ah!
Teneis razon. Sin embargo,
ántes es fuerza salvarla.

SEGISM. Ántes es fuerza vengarla,
de lo demas yo me encargo.
Id...

TORKI. (Saliendo azorado.) El Rey!

EST. Oh Providencia!

SEGISM. Veremos si ahora se atreve!

TORKI. (Á Segismundo, con humildad.)
Soy yo, señor, quien os debe
dar lecciones de prudencia?

SEGISM. Oh, dice bien! Yo aquí espero.
No perdais tiempo ni espacio.
Haced que venga á palacio
á salvarla el pueblo entero.

EST Vendrá á salvarla.

SEGISM. De vos
depende su bien y el mio.

EST. De vos su honor.

SEGISM. Yo os lo fio.

TORKI. Pronto... pronto!

EST. Adios.

SEGISM. Adios.

ESCENA VIII.

SEGISMUNDO.

Oh!... qué villano mortal

hará en su honor honda mella
estando yo cerca de ella
y teniendo este puñal!
(Por el que lleva al cinto.)

ESCENA IX.

REY, SAINT LUC, D'EPERNON, LA JOYEUSE.

D'EPER. Aquí por fin estareis
libre de tanto importuno.
LUC. Pardiez!...
REY. (Con ironía.) Ya lo habeis oido.
Yo soy el monarca augusto
de Polonia.
D'EPER. Sí.
REY. Hay sarcasmos,
pero como este ninguno.
D'EPER. Señor!
REY. Y habreis reparado
la humildad con que mis súbditos
me tratan!. . Cómo me inciensan!
Oh!... Eso sí... Yo les juro...
No, y es verdad que me aman
con amor grande y profundo,
aunque no se pasa dia
que no me dan un disgusto.
Fuera de que no dispongo
ni un instante ni un segundo
de mi poder, soy un rey
que vale y que puede mucho!
D'EPER. Dadlo al olvido, señor,
y pensad en otro asunto
más importante.
REY. No entiendo.
D'EPER. Tras ese macizo muro
guarda el amor un tesoro
y es bien que no quede oculto.
REY. Ah, vive Dios!... vuestra presa!
abre el nido, los arrullos
de esa paloma me agradan
más que los viejos augurios

del buen obispo.

D'EPER. Al instante.

ESCENA X.

REY, LA JOYEUSE, SAINT LUC.

REY. El momento es oportuno;
tras del tédio el regocijo.

JOYEUSE. Á pesar de tanto anuncio
parece que está tranquila
la ciudad... que todo el mundo...

REY. Lo mismo que pasa siempre,
ya no me coge de susto...
La Joyeuse, no hablemos de eso.
Ah! (Acercándose al pabellon.)

JOYEUSE. Qué?

REY. Retírate al punto.
(Vánse La Joyeuse y Saint Luc.)

ESCENA XI.

REY.

El cielo limpio y sereno,
el aire apacible y puro,
todo al deleite convida.

ESCENA XII.

REY, D'EPERNON, ANA.

D'EPER. No tengáis temor ninguno.
(Ofreciéndole la mano.)
Venid.

ANA. No os llegueis á mi.
(Con soberano desprecio.)
que me manchais.

D'EPER. ¡Ese insulto!

ANA. Ya habeis hecho vuestro oficio.
Idos.

D'EPER. Si ese es vuestro gusto!

REY. (Afectuosamente.)

Vé que manda la hermosura!...
Cumple el mandato!... (Pausa.)

D'EPER. Lo cumplo!

(Váse mirando á Ana con ira y con extrañeza.)

ESCENA XIII.

EL REY, ANA.

ANA. Qué me quereis? no basta á tanta afrenta
que sin temor á Dios deis alimento
al torpe anhelo que en el pecho alienta?
¿á dónde os lleva vuestro loco intento?
creeis triunfar de mí? ¡Vana esperanza!
Si contra la virtud la alevosía
en lucha alguna vez el triunfo alcanza,
mi virtud al delito desafía
y triunfará esta vez, que es virtud mia.

REY. No vuelvo de mi asombro: ¡quién dijera
al ver el fuego que en tu pecho arde
que eras aquella humilde cervecera?
Oh qué fiera y altiva!

ANA. ¡Altiva y fiera!

REY. Qué encantos tiene tu brioso alarde!
así me places más, dura, altanera,
y no llorosa y trémula y cobarde.

ANA. Oh ¿qué decís?...

REY. ¡Qué sabe de placeres
quien por la suerte vil lisongeado,
quiere poder, y el mundo ve humillado,
busca amor y halla fáciles mujeres!
Cuando nace un deseo
el afan de lograrle es la ventura,
si se alcanza sin lucha y sin trofeo
¡qué miserable y ruin se nos figura!
Resiste, sí, resiste, muestra empeño
en luchar, no te rindas amorosa
como esclava servil se rinde al dueño;
así despertaré del torpe sueño
que embarga mi razon.

ANA. ¡Oh Dios!

REY. ¡Qué hermosa!
ANA. Atrás, ¡ay si despiertas, desdichado:
qué verás ante tí? despojos viles
de un pueblo por tu crímen mancillado,
tu cetro roto, tu blason hollado,
por esa turba abyecta de reptiles,
si osas bajar de tu soberbio trono,
¿qué piensa hallar tu mísera esperanza?
en el pecho del súbdito el encono,
en el alma del noble la venganza.
REY. ¿Quién eres tú que tan altiva vienes?
no ves que así tú misma te condenas?
late mi corazon! arden mis sienes!
y siento hervir la sangre de mis venas!
ANA. ¿Quién soy? Pues no conoces en mi acento,
en el ardor que el corazon me inflama,
que soy audaz mujer, altiva dama,
de nobles timbres y de firme aliento.
REY. ¿Vos noble?
ANA. Como vos.
REY. La vez primera
que se atreven á mí. Oh asombro! Oh pasmo!
se resiste, me insulta! Oh, sal afuera,
tédio devorador. Sal, vil marasmo!
hoy despierta tu indómito desvío,
del muerto corazon la interna fibra
hoy á pesar de mi indolente hastío
el dardo agudo del deseo vibra.
ANA. Que tema la deshonra la insensata
que de virtud y honor las leyes trunca,
pero la que sus timbres aquilata
podrá ser muerta, deshonrada nunca.
REY. Y tú miras la muerte sin espanto?
qué varonil mujer! oh! qué alegría!
ya hay lucha ya hay placer! ¿quién logra tanto
del yerto corazon no ha de ser mia?
ANA. Yo vuestra?
REY. Quién te salva ya en el mundo?
ANA. Dios!
REY. Implora su auxilio soberano!
Dios solamente!
SEGISM. (Saliendo.) ¡Y yo!

ANA. (Ap.) (¡Ah! Segismundo,
si le descubre el Rey!...)
REY. ¡Traidor!
ANA. (Dirigiéndose á Segismundo.) ¡Villano!

ESCENA XIV.

REY, ANA, SEGISMUNDO.

SEGISM. Señora!... (Dudoso y asombrado.)
REY. (Pausadamente.) (¿Quién es este hombre?)
ANA. (Á Segismundo.)
Quién sois vos? Que os da licencia
para escudar mi existencia
ni mi fama, ni mi nombre?
Pensais arrogante y fiero
que mi honor limpio y preclaro
ha menester del amparo
del hijo de un cervecero?
Con qué derecho venís
á mezclar vuestra osadía
en una contienda mia?
Qué es esto?... Qué presumis?
(Oh! Se turban mis sentidos.)
Piensa esta plebe arrogante
que una dama no es bastante
para defenderse... Idos.
SEGISM. ¡Ana!
ANA. Me estais ultrajando.
(Ap.) (Te lo ruego por favor.)
Mi honor se basta á mi honor.
SEGISM. (Ana.) (Ap.)
ANA. Lo mando, lo mando.
(Segismundo se aleja supeditado por la influencia de Ana.)
REY. Por Luzbel.
ANA. (Rápida y temblorosa.) No, no; ya, ya,
ya lo veis. Á mi me toca
castigar su audacia loca
y bien castigado está.

ESCENA XV.

EL REY, ANA.

ANA. Ahora los dos!
REY. ¿Cómo?
ANA. Sí,
si ese mancebo ha logrado
saltar por ese enverjado
para introducirse aquí,
no quiero su proteccion,
y nuevos bríos recobro,
que yo me basto, y me sobro,
para vencer la traicion.
REY. No es ya un deseo liviano,
no un capricho pasajero,
yo quiero más; sí, yo quiero
que se descubra el arcano
con que ante mí os presentais
tan audaz, tan agresiva;
¿por qué esa fiereza altiva?
por qué á vuestro Rey osais?
Nada decis? Pues bien; sea:
no salis de mi poder
hasta que logre saber
el misterio que os rodea.
No perderé la ocasion.
ANA. ¡Oh! si acaso se atreviese...
(Confuso griterío lejano.)
REY. Pero qué rumor es ese?
¡Gran Dios!
ANA. ¡Dios de bendicion!
ese sonido lejano
sabes lo que anuncia?
REY. ¡Qué!
ANA. Que ya vacila tu pie
en el dosel soberano.
Que las iras del Señor
caen sobre tu frente altiva,
la estátua que se derriba
de Nabucodonosor.

ESCENA XVI.

LOS MISMOS, D'EPERNON.

REY. ¿Cómo?
D'EPER. Señor!
REY. D'Epernon!
D'EPER. Unos cuantos desleales
alzan en los arrabales
el grito de sedicion.
ANA. ¡Ah!
REY. ¡Á su rey ese insulto!
D'EPER. Al otro lado del rio
se acrecienta el griterío
y es imponente el tumulto.
REY. Propicia ocasion se ofrece.
D'EPER. Ya no hay tiempo que perder.
REY. Mas... (Mirando á Ana.)
D'EPER. Dejad á esa mujer,
mirad que el rumor acrece.
REY. Yo domaré su arrogancia!
¡oh! no! de mí nada tema
el honor de mi bandera
ni el limpio blason de Francia.
Cual la mies á la segur
caerá el pueblo alborotado
á los brios del soldado
de Jarnac y Moncontour.
D'EPER. Vamos!
REY. Y no he de saber
nada de ella? ¡Dios me valga!
D'EPER. Oh! Lucko hará que no salga
del jardin esa mujer.

ESCENA XVII.

ANA, SEGISMUNDO.

ANA. Segismundo!
SEGISM. Ana querida!
ANA. ¡Oh, qué peligro has corrido!

SEGISM. No sé cómo lo he sufrido!
Osar á tí? Por mi vida!...
querer ceñirte en sus brazos?
Sólo de pensarlo ahora
una ánsia devoradora
me hace el corazon pedazos!
ANA. Mas todo ha pasado al fin!
SEGISM. Todo, sí, y en este instante
se alza Polonia triunfante.
ANA. Salgamos de este jardin.
SEGISM. Quién? tú?
ANA. Sin perder espacio,
Segismundo.
SEGISM. En qué morada
estarás tan escudada
como en tu propio palacio?
Yo soy quien parte.
ANA. Tú.
SEGISM. Sí.
ANA. Tú partir!
SEGISM. No es heroismo
cuando quizás ahora mismo
Estéban muere por mí.
ANA. Estéban!... Vírgen María!
SEGISM. Ana!
ANA. Mi ansiedad no agraves.
SEGISM. Tu ansiedad?
ANA. Pues qué? no sabes
que es su existencia la mia?
SEGISM. Ah!... (Como herido de un rayo.)
ANA. (Asombrada.)
Qué tienes?...
SEGISM. Quién... yo?... Nada!
ANA. Qué tienes? qué tienes?... Dilo.
Estás febril, intranquilo,
tienes la faz alterada,
por qué ese dolor profundo?
dí.
SEGISM. (Ap.) (Qué sima aterradora
se acaba de abrir ahora
á mis plantas?)
ANA. Segismundo!

SEGISM. Ana.
ANA. No ves mi agonía?
Qué sientes... responde... dí!
No eres dichoso?
SEGISM. Yo... sí!
ANA. Hoy, Segismundo, es un dia
de inmensa felicidad;
te hallas en tu patria.
SEGISM. (Tembloroso.) Es cierto!
ANA. Está el porvenír abierto
á tus ojos.
SEGISM. Es verdad!
ANA. Te espera un régio dosel
y una corona.
SEGISM. Es posible!
ANA. (Con desesperacion.)
Por qué esa angustia terrible?
por qué esa pena cruel?
SEGISM. Por qué!
ANA. Mitiga mi anhelo.
SEGISM. Porque una nube sombría
empaña la luz del dia
cuando más brilla en el cielo.
¿Qué he de decirte al sufrir
esta pena en que me abismo,
Ana!... Ana!... si yo mismo
no me lo quiero decir!

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS, ESTÉBAN.

EST. Ana mia!
SEGISM. ¡Cielos!
EST. Ana!
ANA. Estéban!
EST. A h!... ya no hay duda!
(Corriendo hácia Segismundo.)
Príncipe, Dios nos ayuda,
la victoria está cercana!
Ya dueños del arrabal
de Praga la empresa es obvia;

hoy ha de daros Varsovia
la excelsa corona real.

SEGISM. ¡Mia la corona! ¡mia!

EST. Ese confuso rumor
es para el usurpador
el toque de la agonía.
Ah, sí; la polaca grey
rompiendo opresores lazos
alza en sus robustos brazos
á su legítimo rey.

SEGISM. Por rey me proclama?

EST. Sí,
y su valor triunfará.

SEGISM. Aquí mi puesto no está.

EST. Pues dónde, señor?

SEGISM. Allí.

ANA. No: Quién tu existencia fia?

SEGISM. Yo.

EST. Dejadme que os arguya.

SEGISM. Si ellos arriesgan la suya,
yo debo arriesgar la mia.

ANA. Pero y si la empresa aborta?

EST. Eso es jugar con la suerte.

ANA. Si eres vencido, la muerte
te amenaza.

SEGISM. Qué me importa!

ANA. Oh!

EST. Ved que os debeis, señor,
á la nacion que os aclama.

SEGISM. Tambien me debo á mi fama,
tambien me debo á mi honor.

EST. No lo puedo consentir,
con vos iré.

SEGISM. Quién? Vos... no!
Lo mando y el rey soy yo.
Yo solo quiero partir!
(Ana y Estéban retroceden espantados.)

ESCENA XIX.

ANA, ESTÉBAN.

EST. Qué es esto? En vano procuras

contener tu llanto!

ANA. Estéban!
¡Ay! pide á Dios que no lluevan
más horribles desventuras!

EST. ¿Ha perdido la razon?
ir á morir de esa suerte?

ANA. ¿Pues no has visto que la muerte
la lleva en su corazon?

EST. La muerte! Por qué?

ANA. ¿Por qué?
¡ay! tiemblo si lo adivino.

EST. Un cambio tan repentino
cuando va á triunfar?... no sé!

ANA. ¡Oh!

EST. Lloras!

ANA. Lloro de pena
porque no ha querido el cielo
de nuestro mísero duelo
romper la dura cadena.

EST. Acaba por compasion,
acaba, ¿qué ha sucedido?

ANA. Que Segismundo ha sentido
una insensata pasion.

EST. ¿Por quién? ¡ah!

ANA. Pienso que sí.
Por eso la muerte anhela,
claramente lo revela
su violento frenesí.
Si esto es cierto, si al poder
de ese cariño profundo
el alma de Segismundo
se ha sentido estremecer.
Yo, que ante una sepultura
anegada en triste llanto,
hice el juramento santo
de velar por su ventura.
Yo no puedo alimentar
ese fatal sentimiento.
Yo no puedo al juramento
hecho á su madre faltar.
Mas ya que no pueda ser
dar al infeliz la calma,

la voz interna de mi alma
me ordena un fiero deber.
Por él todo en este mundo
prometí dar al olvido.
Segismundo nos ha unido,
sepárenos Segismundo.

EST. ¡Ay, Ana!

ANA. ¿Qué es la virtud?
El heroismo, el valor:
ahoguemos su loco amor
en un mar de gratitud;
no sabes qué dulce encanto
da un amor correspondido,
ni logrado ni cumplido
por un sentimiento santo.

EST. Deja que te admire, Ana;
dueño no soy de mí mismo;
¡oh! tan sublime heroismo
no cabe en la raza humana..
Ángeles deben de ser
los que tan alto se elevan;
yo te admiro... yo...

ANA. (Llorando.) ¡Ay! Estéban!
qué penoso es el deber! (Rehaciéndose.)
Mas la virtud se avalora
si el sacrificio es fecundo.
Sí, todo por Segismundo.

EST. Sí, todo por él, señora.
(Dándose las manos.)

ANA. Á librarle!
(Aparece el Rey pálido y desencajado con la espada desnuda en la mano.—El tumulto ha cesado.)

ESCENA XX.

LOS MISMOS, el REY.

ANA. ¡Cielo! ¡El Rey!

EST. ¡Solo!

REY. Me encuentro alejado
de los mios, derrotado
por esa mísera grey.

ANA. ¡Ah! (Adelantándose.)
EST. ¡Derrotado!
REY. (Á Ana.) ¡Aquí vos!
¡ah! sí, sí!
EST. El cielo le envia!
tu soberbia y tiranía
cayeron.
REY. ¡Ira de Dios!
ANA. No injurie su nombre santo
tu lengua impura y profana;
su grandeza soberana
se cansó de crímen tanto.
EST. Ya ve mi sangriento encono
por su justicia suprema,
en pedazos tu diadema
y derrumbado tu trono.
REY. De poder haces alarde
porque derrotado he sido;
aquel que insulta al vencido
tiene el valor del cobarde.
EST No, la ventura, la gloria
de verte á mis plantas hoy.
ANA. No quieres saber quién soy?...
(Oyese rumor.)
EST. ¡Callad!
D'EPER. (Fuera.) ¡Victoria! victoria!
EST ¿Esas voces?
REY. ¿De quién son?
EST. Aún presume tu arrogancia!
D'EPER. (Saliendo con acompañamiento.)
¡Viva Enrique! ¡Viva Francia!
REY. ¡Ah! D'Epernon!
EST. y ANA. ¡D'Epernon!

ESCENA XXI.

LOS MISMOS, D'EPERNON, LA JOYEUSE, SAINT LUC, SOLDADOS.

D'EPER. Señor, el triunfo es completo;
si vuestras huestes cejaron
un punto, al fin desbandaron

las hordas del pueblo inquieto.
Sometido el arrabal,
la ciudad sumisa calla,
ya no hay límite ni valla
que se oponga al poder real.
¡Viva Enrique!

VOCES. ¡Viva!

ANA. (Ap.) (¡Oh Dios!)

REY. (Á Estéban.)
Torpe fuísteis!

EST. ¡Ah! ¡malvado!

REY. ¡Aún te atreves!

D'EPER. (Suspirando.) ¡Desdichado!

REY. D'Epernon, prende á esos dos.

EST. ¡Ella! ¡Oh Dios!

D'EPER. Rendid la espada.

EST. (Sacando la espada.)
El fuego en mi rostro brota;
ántes quiero verla rota
que en tu poder deshonrada. (La rompe.)

D'EPER. ¡Ah!

REY. Manos y lengua ten,
D'Epernon, y demos punto.

D'EPER. Mas señor.

REY. Este es asunto
que averiguar me está bien.
¿Qué dicen del pretendiente?

D'EPER. Que está en Varsovia.

REY. Por Cristo!

D'EPER. Quien le conoce le ha visto
acaudillar á su gente.

REY. ¿Y se ha salvado?

D'EPER. Señor,
con él nadie pudo dar,
tal vez consiguió escapar
de la lucha en el fragor.

ANA. Ah!

EST. Gran Dios!

REY. Pues á mi ver,
si Segismundo ha escapado
poco ó nada hemos logrado;
aún vacila mi poder.

Debe hallarse fugitivo.
Promesa empeño sagrada
de no negar nada, nada
en el mundo á aquel que vivo
ó muerto le traiga aquí.

ESCENA XXII.

LOS MISMOS, SEGISMUNDO.

SEGISM. Juradlo, Rey y os le entrego.
ANA. ¡Oh! qué va á hacer?
EST. Está ciego.
REY. Sabes dónde se halla?
SEGISM. Sí.
REY. ¿Qué quieres?
SEGISM. (Señalando á Ana y á Estéban.)
La libertad
de los dos.
REY. ¿Qué dices? qué?
SEGISM. Vivo ó muerto os le daré:
vos en cambio ¡recordad!
no negais nada en el mundo...
Palabra real.
ANA. (Ap.) (Sin mí estoy.)
REY. Ya libres están.
SEGISM. Yo soy
el príncipe Segismundo.
ANA. ¡Oh! miente!
SEGISM. ¡Señora!
EST. ¡No!
REY. ¡Ya triunfé!
ANA. Yo desvario.
SEGISM. (Ap.) (Si ella es dichosa ¡Dios mio!
¿qué importa que muera yo?)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon en el alcázar de Polonia. Al fondo plataforma con ventanas que á su tiempo se abrirán dejando ver la plaza de Varsovia cubierta de gente. Cubos practicables en los ángulos que conducen á las prisiones el de la izquierda; y el de la derecha al exterior del castillo. Puertas laterales. Trono á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

D'EPERNON, LA JOYEUSE.

D'EPER. Esta es del Rey de Polonia
la suprema voluntad.
Aquí, sobre el alto muro
que domina el arrabal
de Praga y la ancha campiña
y el Vístula y la ciudad,
vea en las sienes de Enrique
la excelsa corona real
ese pueblo turbulento
y esa nobleza falaz.
Si la ley de la nacion
plazos pudo al Rey fijar,
para consagrarle en todo
su derecho y potestad;
hoy el Rey impone leyes

y hoy debe tener lugar
la ostentosa ceremonia,
pese á quien pese.

JOYEUSE. Es verdad.
Pero y si el pueblo impetuoso
en su deseo tenaz
vuelve á rebelarse?

D'EPER. El pueblo
como las olas del mar
se agita á merced de un astro
que brilla en la inmensidad.
Sea el Rey ese astro...

JOYEUSE. Pero...

D'EPER. (Con energía.)
Y el pueblo sucumbirá.

ESCENA II.

LOS MISMOS, SAINT LUC.

LUC. Señores, en este instante
acaba de sentenciar
el consejo á Segismundo.

JOYEUSE. Á muerte?

LUC. Á muerte.

D'EPER. Fatal
es su estrella.

JOYEUSE. (Á D'Epernon.) Y vos quereis
que hoy mismo tengan lugar
la consagracion de Enrique
y el suplicio?

D'EPER. Voto á San...
Y eso os espanta?

JOYEUSE. Me espanta
tal exceso de crueldad.

D'EPER. Desde ayer todo lo que hago
os parece mal.

JOYEUSE. Muy mal.
Sí, D'Epernon: mi franqueza
se iguala con mi amistad.
Mucho me duele que el príncipe
Segismundo muera, al par

que ostente Enrique en su frente
la excelsa corona real,
que el rigor y la prudencia
deben juntos caminar.

D'EPER. Qué diablo, tambien os duele
que estén dos príncipes más
presos, Estéban y Ana...
No es cierto?

JOYEUSE. Sí.

D'EPER. Voto á tal!
Sois partidario de Enrique?

JOYEUSE. Y vos lo podeis dudar?

D'EPER. Y vos me juzgais tan necio
que dejase en libertad
á dos rivales de Francia
y de Enrique de Valois?
El mismo Enrique, no há mucho,
me puso airada la faz
cuando supo que á la mia
propuse su voluntad,
pero escuchó mis razones
y al fin le logré calmar.
Que en las cuestiones de Estado
en que peligra la paz,
prometer es una cosa
y otra cumplir.

LUC. Es verdad.
Si Enrique oyó esas razones...

D'EPER. Lo hizo así.

LUC. Bien hecho está.

D'EPER. Y no perdamos el tiempo
inútilmente. Mandad
que se refuercen las guardias
de palacio.

LUC. Así se hará.

D'EPER. No ha de encontrarnos inermes
segunda vez la ciudad.
Yo os prometo que este dia
no ha de borrarse jamás
de los fastos de Polonia.
Guárdeos Dios.

JOYEUSE. Con él quedad.

(La Joyeuse y Saint Luc vánse por la segunda puerta de la izquierda. El Rey aparece por la primera de la derecha.)

ESCENA III.

D'EPERNON, el REY.

REY. Qué dice ese pueblo bravo?
D'EPER. Se muestra ménos terrible.
REY. Bien, D'Epernon, ya es posible
esta existencia.
D'EPER. Sí; al cabo
llegó un momento feliz.
Ya vencedor de la plebe,
castigad su intento aleve,
cortad el mal de raíz.
REY. Yo sé dónde el mal extriba,
y busco al mal el atajo,
D'Epernon... pero no abajo,
porque ese mal está arriba.
Ese enjambre cortesano,
esa turbulenta dieta
que á su capricho sujeta
al pueblo y al soberano.
Esa bulliciosa grey
de aduladores arteros,
esos serán los primeros
que conozcan á su rey.
Despues al pueblo verás
sumiso...
D'EPER. Desde este dia
sois rey...
REY. Soy más todavía.
D'EPER. Más?
REY. D'Epernon, mucho más.
Escucha. Soy el soldado
que ayer en la lucha ardiente
se ha batido frente á frente
con ese pueblo irritado.
No el rey que busca en su encono
sorda venganza á su afrenta,

y al estallar la tormenta
va á guarecerse á su trono.
No el soberano altanero
que escudado en su recinto,
deja dormir en el cinto
la espada del caballero.
No el que teme combatir,
sino el que ansía probar
que si es primero al reinar,
lo es tambien para morir.
Ah, D'Epernon!... Cuando ayer,
vencido por fin el tédio,
luchaba con ansia en medio
de mis contrarios, arder
sentía en mi corazon
su corazon irritado,
y decia entusiasmado,
qué bravos, qué bravos son!
Y entónces, en el momento
en que el combate espantoso
con ímpetu poderoso
poblaba de horror el viento.
Cuando mi furia miró
la victoria vacilante;
en aquel supremo instante
no hubiera trocado yo,
exánime y moribundo,
la espada rota en mi mano
por el cetro soberano
más poderoso del mundo.

D'EPER. Siempre brillais el primero.

REY. Para un rey que ama el valor
no hay otro brillo mejor
que el reflejo de su acero.

D'EPER. Por eso en su afan profundo
dice el pueblo varsoviano,
que adora á su soberano,
al príncipe Segismundo.

REY. Y á fe que tienen razon.
Yo mismo á jurar me atrevo
que en Polonia no hay mancebo
de más brío y corazon.

D'EPER. Yo, señor, no le denigro...
REY. Tal con su suerte batalla,
que parece que se halla
de acuerdo con el peligro.
D'EPER. Hoy el peligro es más grave.
REY. Tal vez.
D'EPER. Os veo, señor,
inclinado á su favor.
REY. Quién sabe?
D'EPER. Señor!
REY. Quién sabe! (Pausa.)
Y dices que el pueblo aún
se acuerda de Segismundo?
—Será un eco moribundo
de la tormenta.
D'EPER. Segun.
REY. Cómo!
D'EPER. Si usais de piedad
ese eco que hoy no os afana,
será precursor mañana
de otra nueva tempestad.
REY. Piensas que olvide un momento
mi deber?
D'EPER. Señor!
REY. Descuida.
D'EPER. Debe pagar con la vida
su altivez y su ardimiento.
Reclama este sacrificio
el bienestar de Polonia.
Despues de la ceremonia
haga el verdugo su oficio. (Pausa.)
REY. Dónde están?
D'EPER. Allí.
REY. Seguros?
D'EPER. No pueden estarlo más.
REY. Y centinelas?
D'EPER. Detrás,
y al pie de esos dobles muros.
REY. Conduce aquí á ese doncel.
D'EPER. Cómo!... al príncipe?... Yo os ruego,
señor...
REY. Condúcele y luégo

déjame á solas con él.
D'EPER. Observad.
REY. Vana porfía.
D'EPER. La ley no consiente al rey...
REY. D'Epernon, ya no hay más ley
ni voluntad que la mia.
(D'Epernon abre la puerta de uno de los cubos. Al aparecer Segismundo, saluda y váse.)

ESCENA IV.

REY, SEGISMUNDO.

REY. (Con ironía.)
No he visto porte más fiero,
más altivo ni arrogante.
Pareceis en este instante,
el juez y yo el prisionero.
SEGISM. Oh!
REY Llegaos, vive Dios,
y dad treguas al desden.
SEGISM. Quién pretende hablar á quién?
REY. Yo á vos.
SEGISM. Pues llegaos vos.
REY. Oh!... (Conteniéndose.)
Si es que en ello insistís,
sea... pese á mi arrogancia. (Acercándose.)
Nos separa igual distancia,
igual, es cierto!
SEGISM. Mentís.
REY. Por Cristo!
SEGISM. Vano furor.
Cuándo á un nivel estuvieron
ni á igual distancia se vieron
la perfidia y el honor?
Contestadme.
REY. Esa altivez
no es despecho, es frenesí.
SEGISM. Si vos lo habeis dicho! Aquí
sois el criminal, yo el juez.
REY. No sé qué pensar de vos!
SEGISM. Recordad de qué manera

nos vimos la vez primera;
nos conocimos los dos,
si lo quereis recordar;
érais un aventurero,
yo el hijo de un cervecero;
no lo podeis olvidar.
Fuísteis quien rompió los lazos
más sagrados de la vida,
y que traidor homicida
osó estrechar en sus brazos
la mujer que encontró inerte
sólo para deshonrarla;
yo el que se arrojó á salvarla
en los brazos de la muerte.
Tal fuísteis vos y tal fuí.
Ved, pues, si la historia vuestra
claramente no demuestra
lo que va de vos á mí.

REY. Por vez primera en mi vida
la calma viene en mi ayuda.

SEGISM. Oh!...

REY. Tened la lengua muda,
que peca ya de atrevida.

SEGISM. No!

REY. Con arrogante brío
me insultais?

SEGISM. Sí.

REY. Desdichado!
Sabes que estás condenado
á muerte?

SEGISM. (Con alegría.) ¡Á muerte! ¡Dios mio!

REY. Que te hallas en mi poder
y que es tu vida mortal
frágil copa de cristal
que está en mi mano romper?

SEGISM. Rompedla.

REY. Te traje aquí
para otorgarte el perdon.

SEGISM. Vos!

REY. Con una condicion.

SEGISM. Condiciones vos á mí?

REY. Una sola! Renunciar...

SEGISM. Ah, no sigais, por mi vida,
que la sangre enrojecida
siento en mi rostro brotar.
Que renuncie á mi derecho?
que huya lejos de estos muros?
que los sentimientos puros
de la honra ahogue en mi pecho?
Que arranque del alma mia
el amor á un pueblo hermano,
no es cierto?... Sólo un villano
propone tal villanía.
REY. Ah!... infeliz!
SEGISM. Tened la espada,
que en vano apela á su honor
quien no conoce el valor
de una palabra empeñada.
REY. Ah!
SEGISM. Yo mi existencia os dí;
recordad de qué manera.
Testigo, Varsovia entera.
Vos me engañásteis?
REY. Ah!
SEGISM. Sí!
REY. Yo! (Llamando.) D'Epernon! Es verdad!
SEGISM. Modelo de caballeros!

ESCENA V.

LOS MISMOS, D'EPERNON.

D'EPER. Llamabais?
REY. Los prisioneros,
que vengan. (Váse D'Epernon.)
SEGISM. Dios de bondad!
REY. (Cogiéndole de un brazo.)
Una palabra te dí,
voy á cumplirla en seguida.
Despues, despues de cumplida,
Dios tenga piedad de tí.

ESCENA VI.

REY, SEGISMUNDO, ESTÉBAN, ANA, D'EPERNON.

ANA. Ah, Segismundo.
SEGISM. Señora!
EST. (Enrique aquí? Dios me ampare!) (Pausa.)
REY. Envuelto en la sombra oscura
de un misterio impenetrable
habeis concitado el odio
de mis vasallos leales,
y el cetro real y la vida
habeis querido arrancarme.
La vuestra tengo en mis manos.
EST. Pues bien, tomadla al instante.
REY. (Mirando á Segismundo.)
Otro deber poderoso
me llama, y es bien que acalle
la voz del odio y el grito
de la venganza implacable.
—Libres estais.
EST. }
ANA. } Oh!
SEGISM. }
D'EPER. Por Cristo!
REY. Teneis más que demandarme?
SEGISM. Nada os pido.
D'EPER. (Ap. al Rey.) Los tres libres?
REY. Los dos. Esta misma tarde
sucumbirá Segismundo.
D'EPER. Vuestra decision me place.
REY. Es poco extensa la tierra,
y en ella á un tiempo no caben
el monarca de Polonia
y ese mancebo arrogante.

ESCENA VII.

SEGISMUNDO, ESTÉBAN, ANA.

SEGISM. Libres ya!

ANA. Si es asombroso!
Libres, sí!
EST. No sé que os diga;
si esta libertad me obliga
á estar triste ó pesaroso.
ANA. Vamos, pues, sin dilacion.
SEGISM. Ana!
ANA. Segismundo, vamos.
Este aire que respiramos
oprime mi corazon.
Vamos.
SEGISM. (Cogiéndole las manos.)
Marchad, sí, marchad.
Y cuando en dias mejores
sintais los vagos rumores
que se alzan de esa ciudad;
cuando en el parque frondoso
del ancho arrabal de Praga,
sintais la corriente vaga
del Vístula caudaloso,
en cuyo seno me ví;
del aura al revuelto giro
dad un recuerdo, un suspiro
para que llegue hasta mí.
ANA. Dios mio!
EST. (Rápido.) Dios de piedad!
ANA. Tu mente se ha trastornado.
EST. Acaso no os ha otorgado
Enrique la libertad?
SEGISM. La libertad; ay!...
ANA. Responde.
SEGISM. (Despues de una pausa.)
Sí.
ANA. Pues si él te la otorgó...
SEGISM. La libertad que él me dió
no está aquí.
ANA. Que no? Pues dónde?
PREG. (Dentro.) «*Justicia que manda hacer el real consejo de Polonia.*»
SEGISM. Escuchad!
PREG. «*Por cuanto, habida prueba plena de su criminalidad, ha sido condenado á muerte el*

príncipe Segismundo.»

ANA. Ah! Tú?... Dios mio!
EST. Traidor!
ANA. Estéban!
EST. Princesa!
ANA. Condenado á muerte!
SEGISM. Esa
es la libertad que ansío.
ANA. No quiero ser libre asi,
si tal es tu triste suerte
como tú quiero la muerte,
no me separo de tí.
(Arrójase en sus brazos.)
SEGISM. (Conmovido.)
Ana! Ana!
EST. (Con brío.) Rey impío,
yo acepto la libertad,
castigaré tu maldad
cuerpo á cuerpo en desafío.
Veré si eres caballero
y valiente, si tu mano
trueca el cetro del tirano
por la espada del guerrero.
(Váse precipitadamente.)

ESCENA VIII.

ANA, SEGISMUNDO.

ANA. (Arrojándose en sus brazos.)
Segismundo!
SEGISM. Ana mia!
ANA. Segismundo,
la muerte!
SEGISM. Calla!
ANA. Y en tu edad florida!
SEGISM. Perdida la esperanza en este mundo.
¿qué encantos tiene para mí la vida?
ANA. ¡Qué horrible pensamiento,
la esperanza!...
SEGISM. La vida está en mi mano.
Pero ella es, Ana, mi mayor tormento.

ANA. En tu mano!
SEGISM. ¡Ay de mí!
ANA. ¡Dios soberano!
aún hay remedio al mal!
SEGISM. ¡Qué loco intento!
ANA. Vuelve la confianza
á renacer en mí!
SEGISM. ¡Vana esperanza!
ANA. Habla! dime, ¿por qué? yo te lo ruego.
SEGISM. La vida me da Enrique y yo me niego.
ANA. Te niegas?
SEGISM. Sí.
ANA. ¿Te niegas? ¡qué locura!
SEGISM. La rechazo!
ANA. Tu mente desvaría.
SEGISM. ¿Quién por la vida su derecho abjura?
¿la existencia sin honra, qué sería?
Jamás! no cederé! yo te lo fio.
ANA. ¡Cedo! por tí! por mí!
SEGISM. ¡Por tí! ¡Dios mio!
ANA ¿Por qué ese empeño de morir?
SEGISM. ¡Ay, Ana,
nada en la tierra mi dolor mitiga!
ANA. Abre tu corazon! ¿no soy tu amiga?
ten confianza en mí, ¿no soy tu hermana?
SEGISM. ¡Ah! mi amiga! mi hermana! ¿qué me pides?
calla por compasion.
ANA. Desventurado!
¿será posible que el cariño olvides
del tiempo aquel de la niñez pasado?
SEGISM. No le recuerdes, no! Ya ha trascurrido!
tiempo feliz! inolvidable historia!
ya que yo por mi mal no los olvido,
Ana, bórralos tú de la memoria.
ANA. Segismundo! ¿por qué?...
SEGISM. Porque me mata
su recuerdo fatal, porque mi pecho
destroza sin piedad!
ANA. ¡Gran Dios!
SEGISM. ¿Qué has hecho
de aquel cariño tan inmenso, ingrata?
ANA No te entiendo! tan grande, tan profundo

alienta en mí como en la edad primera.

SEGISM. Volcan devorador hierve iracundo
y abrasa mi alma en su voraz hoguera,
ruge en mi corazon airado y fiero.
no le puedo extinguir, ah, no, no quiero!

ANA. ¡Ah! Segismundo! calla. (AP.) (Horrible lu-

SEGISM. Callar! es tarde ya! [cha!)

ANA. ¡Dios mio!

SEGISM. Escucha.
Cuando de Suecia al trono soberano
subió mi padre, sabes Ana mia,
que en Varsovia quedaste con tu hermano,
que de Polonia el pueblo dirigia.
Al partir... ¡qué momento tan tirano!
la luz de nuestra infancia se extinguía,
y de la juventud el sol ardiente
comenzaba á brillar en nuestra frente.
Entrambos de la pena en el exceso
y de pesar el alma dolorida,
sentimos el horrible y duro peso
de una triste y amarga despedida.
¿Recuerdas todavía el dulce beso
que me diste al partir? ¡ah! ¿quién le olvida?
Seis años van, y en mi vehemencia loca
arder le siento aún sobre mi boca.
Aquí con su dulcísima fragancia
mi ser alienta su divino halago,
ni el tiempo, ni la ausencia y la distancia
borrar pudieron su amoroso estrago.
Yo sentí aquel cariño de la infancia
trocarse en otro indefinible y vago,
como se siente tras la noche umbría
la luz primera del risueño dia.
Cercada de divinos resplandores,
te vuelvo á ver, que temerosa huellas
el lozano vergel de los amores
al leve rastro de tus plantas bellas,
siento tu hálito, aroma de las flores;
veo tus ojos, luz de las estrellas:
¡ay! y todo mi ser rinde en despojos
la mágia de tu boca y de tus ojos.
¿Qué le queda á mi amante pensamiento?

¿qué le resta á mi alma enamorada
si ese aliento es perfume de otro aliento,
si esa luz es el sol de otra mirada.
Para acabar mi bárbaro tormento
eche en mí su rigor la muerte airada,
que si por otro amor he de perderte
muerte es la vida, sí, vida la muerte.

ANA. (Ap.) (Desdichada de mí!)

SEGISM. Yo no sabía
todo el poder del fuego misterioso
que el alma me encendia,
mas cuando ayer te ví, me sonreía
el porvenir más grande y más hermoso.
Yo he soñado del trono con la altura,
de la corona con el brillo ardiente,
para ensalzar tu cándida hermosura,
para ceñirla á tu divina frente
mi anhelo solamente
era por tí! por tí! fatal secreto
que ocultar no ha sabido la violencia
de tu pasion; tu labio fué indiscreto,
y tu labio ha dictado mi sentencia.
Tú amas!

ANA. No!

SEGISM. Tú amas...

ANA. No! (Ap.) (¡Dios mio!)

SEGISM. Á Estéban!

ANA. ¡Yo!

SEGISM. Tú, sí! Por qué traidora
alimentar mi daño?
¿No ves que en mi insensato desvarío
á la fiebre cruel que me devora
acrecienta mi mal tan vil engaño?

ANA. Fué por tí! fué por tí! si arrebatada
por Estéban lloré, no fué el acento
del alma enamorada,
fué la ansiedad, la pena, el sentimiento
de que tu causa para mí sagrada,
el apoyo perdiese de su espada
y de su corazon el ardimiento.
Amor! no.

SEGISM. Tus palabras son sinceras?

ANA. ¿No lo han de ser?
SEGISM. Mi corazon respira!
Si comprender pudieras
lo que es un desengaño no mintieras.
ANA. No es mentira, no lo es!
SEGISM. ¡Ah, no es mentira?
Pruebas me vas á dar.
ANA. Las que tú quieras.
SEGISM. Pruebas! pruebas! (Con resolucion.) Tu mano.
ANA. ¡Mi mano!
SEGISM. (Con fuerza.) Sí!
ANA. (Ap.) (¡Gran Dios! Dios soberano!)
SEGISM. Tu mano!
ANA. (Ap.) (Estoy perdida!)
SEGISM. Vacilas?
ANA. No! Mi mano por tu vida?
SEGISM. Tiemblas, Ana?
ANA. No tiemblo! ¡qué suplicio!
SEGISM. Vacilas! tú le adoras!
ANA. No! (Ap.) (Recibe,
María, mi terrible sacrificio.) (Con resolucion.)
Tuya es!
SEGISM. ¡Mia! mia!
ANA. ¡Vive! ¡vive!
á Enrique voy á hablar. (Ap.) (Ah! qué ago-
(Alto.) [nía!)
Tuya es! tuya es! Sí. (Éntrase en la cámara.)
SEGISM. (Solo.) No! No es mia!

ESCENA IX.

SEGISMUNDO.

¡Piensa que ha de salvarme su heroismo,
que en sus palabras creo!
¿La mirada y la voz dicen lo mismo?
La voz halaga pérfida al deseo
y en la mirada mi desdicha leo.
¡Qué abnegacion! Renuncia á un amor puro
por mí! sólo por mí! Vuela á mis brazos
por deber, sin amor! ¡qué genio impuro
de todo cuanto amé rompe los lazos?

¡Ay infeliz! Resplandeciente y bella
mi estrella por el mar de la fortuna,
lanzóme de la gloria tras la huella;
pero al ir á tocarlas ¡ay! mi estrella
mató mis esperanzas una á una.
Qué me resta? morir!... gracias al cielo
que me otorga la plácida esperanza
de que ese Rey en su sangriento anhelo
haga que ruede mi cabeza al suelo.
Feliz aquel que su deseo alcanza!
Morir!... morir! Ventura apetecida,
á tu vago delirio me abandono,
¿qué encantos tiene para mí la vida
perdida la esperanza de mi trono
y la esperanza de mi amor perdida?
—Mañana ¡ay Dios! en mi sepulcro frio
una flor crecerá; flor solitaria,
último ser del sentimiento mio;
vagará la tristísima plegaria
de la mujer que amé, ¡oh! si su acento,
cuando mi cuerpo de dolor sucumba,
lleva piadoso el viento
á sonar en mi tumba;
un eco dolorido
saldrá del fondo de la huesa inerte;
el postrimer gemido
que no podrá acallar el hondo olvido
que reina en el recinto de la muerte.

(Pausa. Tumulto dentro.)

ESCENA X.

SEGISMUNDO, REY por la derecha, SAINT LUC por la izquierda.

REY. Qué confuso griterío
es ese? Á ver quién se atreve...

LUC. Sólo distingo la plebe
que con ademan sombrío
se agolpa...

REY. Canalla ruin!...

ESCENA XI.

LOS MISMOS, D'EPERNON.

D'EPER. Con lanza, escudo y espada,
avanza aquí gente armada.
REY. Gente armada! Con qué fin?
D'EPER. Aspecto noble y marcial,
aquél que los manda tiene.
REY. Á qué viene?
D'EPER. Á hablaros viene;
á hablaros de igual á igual.
REY. De igual á igual?
D'EPER. Él así
lo dijo.
REY. Quién es osado?...
D'EPER. La guardia el paso ha cerrado.
REY. Haced que llegue hasta mí.
(Vánse D'Epernon y Saint Luc.)

ESCENA XII.

EL REY, SEGISMUNDO.

REY. Sabeis vos quién es?
SEGISM. Lo sé.
REY. Qué quiere?
SEGISM. Mi libertad;
más si accedeis?...
REY. Yo?...
SEGISM. Pensad,
que á todo me arriesgaré.
REY. (Ap.) (Tal empeño!... Por mi nombre!)
Oh!... mi mente no adivina...
¿Qué hondo tormento domina
el corazon de este hombre?)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, ESTÉBAN, CABALLEROS TRANSILVANOS, D'EPERNON.

REY. Qué quereis?
EST. Rey de Polonia,
los que al cinto espada llevan,
los que ciñen á su frente
la soberana diadema,
ni consienten desafueros
ni usurpaciones toleran.
Escucha: Estéban Battori,
que en la Transilvania reina,
á Enrique, Rey de Polonia,
á duelo mortal le reta:
monta el bridon, parte el campo
y ven con él á pelea
ó al príncipe Segismundo
deja en libertad completa.
REY. Qué dices? desventurado;
tus palabras altaneras
de un insensato delirio
dándome están clara muestra.
Quién entra como tú inerme
del leon en la caverna
sin que en su pecho atrevido
la potente garra sienta!
EST. Rehusas el duelo?
REY. No;
mas tú dictas la sentencia
de Segismundo; ya basta
de humillaciones y afrentas.
EST. Si osas al príncipe, teme,
teme venganza sangrienta;
caerá en Polonia el enojo
de la Escandinavia entera.
La Moscovia se prepara,
la Dinamarca se apresta,
y sus armas aperciben
la Transilvania y la Suecia.

REY. Mientras aliente mi pecho,
mientras mi brazo sostenga
la espada, la lucha aguardo
sin miedo; en cuanto á la nuestra...
Pronto!... Mi espada... mi lanza...
mi caballo de pelea.
(Oyese un clarin.)
Qué es esto?

D'EPER. (Asomado á la ventana.)
Señor, no hay duda,
si no me engañan las señas,
con el Conde de Soissons
lo mejor de la nobleza
de Francia viene.

REY. De Francia?

D'EPER. Un mensaje de la reina
será tal vez.

RÉY. De mi madre!
Qué ha acontecido?...

D'EPER. Ya llegan.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, el CONDE DE SOISSONS, CABALLEROS FRANCESES.

REY. Guarde Dios al mensajero.
Qué suceso de importancia?...

CONDE. Por mi voz saluda Francia
al Rey Enrique tercero.

REY. Qué decis?

CONDE. La mortal ley,
señor, cumplió vuestro hermano.
Sois de Francia soberano.

REY. Rey de Francia!

CONDE. Viva el Rey!

CABS. Viva!

REY. ¡Mi hermano! (Ap.) (Cuán breve
es la mundana ventura!)

CONDE. Yacen en la sepultura
los restos de Cárlos nueve.
Traspasada de dolor

dióme la reina el mensaje;
triste y feliz, vuestro viaje
debeis disponer, señor.

REY. Yo en el trono de San Luis!
Yo de su grandeza dueño.
Casi me parece un sueño.
(Queda abatido.—Transicion enérgica.)
Ah! Rey de Francia decis?
Yo tengo bajo mis piés
del mundo el reino mayor.
Soy absoluto señor
del noble imperio francés!
Y hay quien mi poder desprecia
de dos naciones monarca?
Vengan pues la Dinamarca
y la Moscovia y la Suecia.
(Á Estéban.)
Tú que con loco arrebato
insultas mi poderío,
yo acepto tu desafio.
(Á Segismundo.)
Y tú, mancebo insensato,
ya mi clemencia cesó:
pues tu deseo es morir
voy tu deseo á cumplir.
Hola! guardias.

ESCENA XV.

LOS MISMOS, ANA, SAINT LUC, LA JOYEUSE, GUARDIAS.

ANA. (Arrojándose á los piés del Rey.)
Ah! no! no!
No mancilles la corona
que darte al Señor le plugo;
eres Rey, no eres verdugo,
perdona, señor, perdona.

SEGISM. (Levantándola.)
Oh!... Vos le pedís perdon!
Ella le ruega, le implora!
Alzad...

ANA. Oh!...

SEGISM. (Con amargura.) Tened, señora,
piedad de mi corazon.
REY. Oh, ya comprendo!
ANA. Imprudente!
SEGISM. Yo su piedad?... No la quiero;
iré al suplicio altanero
y con ánimo valiente.
Cobarde traicion quizás
podrá en su encono matarme;
envilecerme, humillarme,
eso, señora, jamás.
ANA. Ah Segismundo!
SEGISM. Oh baldon!
ANA. No luches contra la suerte,
cede.
SEGISM. La muerte! La muerte!
REY. Basta: la coronacion.

ESCENA XVI.

LOS MISMOS, el GRAN MARISCAL, LA DIETA, un PAJE con los atributos reales.

MAR. Señor, la Dieta suprema
y los nobles castellanos,
ponen en tus régias manos
del poder el alto emblema.
Rey Polonia te eligió;
nuestros fueros cumplirás,
si los juras reinarás,
mas si no los juras no.
REY. Plácemе oiros y veros,
y al consagrar mi poder,
de nuevo quiero saber
en qué estriban esos fueros.
MAR. Oid pues: La majestad
del rey sólo es ceremonia;
por nada pierde Polonia
su sagrada libertad.
La Dieta debe á los reyes
veneracion y respeto,
pero á la Dieta sujeto

el rey no sanciona leyes.
Ni ejércitos mandará,
ni hará paces, ni hará guerras,
al producto de las tierras
tributos nunca impondrá.
Las rentas de la corona
no habrá rey que usarlas pueda,
y no acuñará moneda
con busto de su persona.

REY. ¿Y esos son los fueros? (Ap.) (Oh!
mal reprimo mi arrogancia.)

MAR. Rey de Polonia...

REY. De Francia!

MAR. Y de Polonia.

REY. No!

TODOS. ¡No!

MAR. Qué decís?

REY. Altiva grey
soberbia y envanecida;
imaginas por tu vida
que yo quiero así ser rey?
Jamás! no! la voluntad
del rey nunca encuentra valla,
y todo se humilla y calla
á su excelsa majestad.
¡La corona!
(Baja del trono. Toma la corona, que habrán tirado en un almohadon con el cetro y la espada.)

TODOS. Qué va á hacer!

REY. Pueblo de Polonia, escucha!
Ayer en sangrienta lucha
yo te he sabido vencer.
Esta corona esplendente
la tomo; no me la das
para ser rey tuyo, hay más
que ceñírmela á mi frente?
Yo he de ser rey verdadero;
no lo soy? os abandono!
¿qué me dais con ese trono?
la esclavitud, no la quiero!
del cetro sin el poder
del pueblo, sin el amor

en dónde está ese esplendor
que me venís á ofrecer!
Esta diadema real,
símbolo de la grandeza,
vedla, sobre la cabeza
de vuestro rey natural.
(Va á colocar la corona en la cabeza de Segismundo, pero éste la rechaza.)

TODOS. ¡Oh!

SEGISM. ¡Jamás! no puede ser.
(Ap. al Rey.)
(Á mí el trono poderoso
no puede hacerme dichoso.)

REY. (Ap., llevándole al proscenio.)
(Y el amor de esa mujer?)

SEGISM. ¡Su amor! (Ap.) (Su amor! ¡es verdad!)
(Alto, señalando á la corona.)
Ese preclaro blason
siempre fué noble patron
(Á la Dieta.)
de tu santa libertad.
Voy la cabeza á ceñir
de quien sepa al gobernar
con tu pensamiento obrar,
con tu corazon sentir. (Señalando á Ana.)
Que el pueblo entero se apreste
á la augusta ceremonia.
(Tomando de la mano á Ana.)
Esta es tu reina, Polonia.

ANA. ¡Ah!

TODOS. ¡Viva!

SEGISM. (Uniendo á Ana y á Estéban.)
Tu esposo es este.

EST. ¡Ah, señor!

ANA. ¡Ah, Segismundo!

SEGISM. Cumplir vuestro amante anhelo
será el único consuelo
que haya sentido en el mundo.
Yo voy á partir de aquí.

ANA. ¡Á partir!

SEGISM. Mas volveré.

ANA. Cuándo! ¡cuándo!

SEGISM. No lo sé.
(Ap. á Ana.)
(Cuando este amor muera en mí.)
ANA. ¡Oh!
SEGISM. Feliz si en mi retiro,
pues toda ventura pierdo,
llega de mi Ana un recuerdo
en las alas de un suspiro
que será en la soledad
á que el hado me condena,
en la noche de mi pena
sol de mi felicidad.

FIN.

ADICION

AL CATÁLOGO DE 1.° DE OCTUBRE DE 1872.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. qu corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Contra ira... latigazos	1	Mota y Gonzalez	Todo.
Creer lo que no es	1	Carbou y Ferrer	»
El mártir de la duda	1	Rubí y Navarro	»
Haz bien sin mirar á quién	1	Rubí	»
La bola negra	1	Zapata	»
La fuerza de la razon	1	Rubí	»
Poesía lírica	1	Perales	»
Quiero ser hombre	1	Rubí (D. Tomás)	»
Quítese usted la ropa	1	Mota y Gonzalez	»
San Jorge por Aragon	1	Escamilla	»
Un desertor de París	1	Saquero	»
¡Vivan las economías!	1	Huici	»
Crisálida y mariposa	2	García Gutierrez	»
El príncipe Hámlet	3	Coello	»
La fuente del olvido	3	Rubí (D. Tomás)	»
La razon de la fuerza	3	Retes y Echevarría	»
Segismundo	3	Retes y Echevarría	»
ZARZUELAS.			
En el espacio	1	Ruiz	M.
Entre dos fuegos	1	Saquero y Gisbert	L. y M.
La bola negra	1	Zapata	L.
Los pájaros del amor	1	Navarro, Povedano y Reparaz	L. y M.
¡Ojo, artistas!	1	Barranco y Ruiz	L. y M.
El entrometido	2	Rubio (Mitad.)	M.
El conde y el condenado	3	García Gutierrez y Larra	L.
El rigor de las desdichas	3	Rubio (Mitad.)	M.
El tributo de las cien doncellas	3	Barbieri	M.
Sueños de oro	3	Barbieri	M.

ADVERTENCIA. Han dejado de pertenecer á esta *Administracion* las obras dramáticas de D. Jerónimo Moran, y las líricas de D. Benito de Monfort.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Sres. Medina y Navarro*, calle del Arenal, y de *Durán*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.